



MACHADO DE ASSIS MAGAZINE

BRAZILIAN **LITERATURE** IN TRANSLATION







**BRAZILIAN LITERATURE IN TRANSLATION
LITERATURA BRASILEÑA EN TRADUCCIÓN**

#9

RIO DE JANEIRO
2023

**REPÚBLICA FEDERATIVA
DO BRASIL**

**PRESIDENT OF THE
REPUBLIC**

Luiz Inácio Lula da Silva

MINISTER OF CULTURE

Margareth Menezes da
Purificação Costa

**FUNDAÇÃO BIBLIOTECA
NACIONAL**

**NATIONAL LIBRARY
FOUNDATION PRESIDENT**

Marco Americo Lucchesi

**NATIONAL LIBRARY
FOUNDATION EXECUTIVE
DIRECTOR**

Suely Dias

**GENERAL-COORDINATOR
OF RESEARCH AND
PUBLISHING**

Iuri A. Lapa e Silva
(substituto)

**COORDINATOR OF
PUBLISHING**

Claudio Cesar Ramalho
Giolito

**COORDINATOR OF
INSTITUTIONAL
COOPERATION (CCI)**

Fernando Berçot

**MACHADO DE ASSIS
MAGAZINE BRAZILIAN
LITERATURE IN
TRANSLATION
Year 6 - Number 9**

CURATOR

Márcia Xavier de Brito

EDITORIAL BOARD

Allan Carlos dos Santos
Carlos Ramalhete
João Carlos Nara Júnior
Karleno Borcarro
Luiz Carlos Ramiro Júnior
Paulo Polzonoff Júnior
Rodrigo Alexandre de
Carvalho Xavier

EDITORIAL PRODUCTION

Paula Rocha Machado

COPY EDITING ENGLISH

Russell Thorne Sloan

COPY EDITING SPANISH

Virginia Elena Hernández

TEXT REVIEW

Carlos Santa Rosa
Paula Rocha Machado
Simone Muniz
Pamela Saavedra (Spanish)
- MC&G Design Editorial
Luiza Ferreira (Portuguese
and English) - MC&G Design
Editorial
Mickael Marques (French) -
MC&G Design Editorial

DESIGNER

Eliane Alves

INTERN

Victória Alexandria Milanês

ADDRESS

Fundação Biblioteca
Nacional
Av. Rio Branco 219 -
5º andar
Rio de Janeiro - RJ
20040-008
editoracao@bn.gov.br
www.gov.br/bn/pt-br

**Illustration of Machado de
Assis**

Public domain / Arquivo
Nacional Collection

ISSN: 2359-4101



Check out other
publications of the
National Library
Foundation

EDITORIAL

O distanciamento intelectual do Brasil das demais culturas é histórico. Isso se dá, em grande parte, por conta de nossa língua portuguesa, componente que gerou e gera um ambiente autônomo, independente, promotor de uma escrita própria, reflexo da visão de mundo e da complexidade cultural de ser brasileiro.

Como disse Paulo Rónai, é a tradução que abre a janela que deixa entrar a luz e nos permite olhar para dentro do lugar mais sagrado; ela assume um papel de renovação das culturas nacionais por permitir um novo olhar para mundos desconhecidos. Do tradutor é exigido o talento extraordinário de desvelar padrões e desvios culturais, trazendo todos os elementos que auxiliem na compreensão da literatura traduzida.

A presente edição reúne algumas dessas experiências recriadoras promovidas pelo programa de tradução da Fundação Biblioteca Nacional e publicadas durante o ano de 2017 que permitiram ao leitor estrangeiro experimentar um pouco da ficção e não-ficção do Brasil e suas várias facetas.

Boa leitura!

O curador.

EDITORIAL

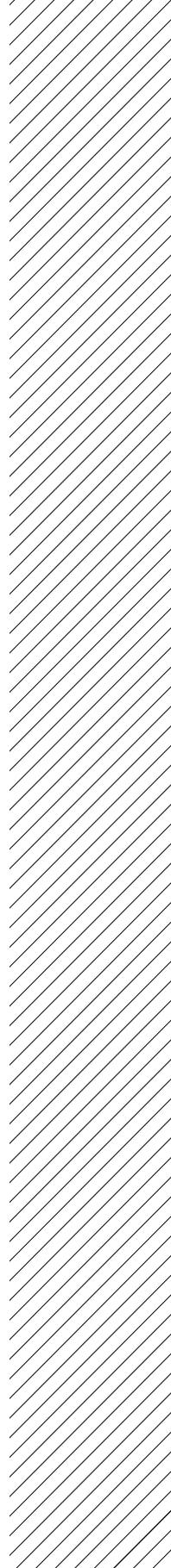
Brazil's intellectual distancing from other cultures is historic. This is largely due to our Portuguese language, a component that has generated an autonomous, independent environment, promoting its own writing, a reflection of the worldview, and the cultural complexity of being Brazilian.

As Paulo Rónai said, it is the translation that opens the window, that lets in the light, and allows us to look into the most sacred place; it takes up the role of renewing national cultures, by allowing a new look at unknown worlds. Translators are required to have an extraordinary talent for uncovering cultural patterns, and deviations, bringing all the elements that help in understanding the translated literature.

This edition brings together some of these recreating experiences, promoted by the National Library Foundation's translation program, and published along 2017, that allowed foreign readers to experience a little of Brazilian fiction, non-fiction, and its various aspects.

Good reading!

The curator.



EDITORIAL

El distanciamiento intelectual de Brasil respecto de otras culturas es histórico. Esto se debe en gran parte a nuestra lengua portuguesa, componente que generó y genera un ambiente autónomo e independiente, que promueve su propia escritura, reflejo de la cosmovisión y complejidad cultural de ser brasileño.

Como decía Paulo Rónai, es la traducción la que abre la ventana que deja entrar la luz y nos permite mirar hacia el lugar más sagrado; asume un papel en la renovación de las culturas nacionales al permitir una nueva mirada a mundos desconocidos. Los traductores deben tener un talento extraordinario para descubrir patrones y desviaciones culturales, aportando todos los elementos que ayudan a comprender la literatura traducida.

Esta edición reúne algunas de estas experiencias de recreación impulsadas por el programa de traducción de la Fundación Biblioteca Nacional y publicadas durante 2017, que permitieron a los lectores extranjeros experimentar un poco de la ficción y no ficciones brasileñas y sus diversas facetas.

¡Buena lectura!

El curador.

TABLE OF CONTENTS

SUMARIO

ESPAÑOL

1) La Expresividad de la Forma.....	11
2) SOS Tortugas Marinas.....	16
3) Opisanie Swiata	19
4) El Evangelio Según Hitler	26

FRANÇAIS

5) Feu Follet.....	31
6) Crépuscules	36
7) Capitou - Mémoires Posthumes.....	41
8) Les Léopards de Kafka.....	45
9) Sainte Caboche.....	50
10) Vaste Monde	53
11) Le Libraire de la Favela.....	57

ITALIANO

12) Existe um Mondo a Venire? Saggio Sulle Paure dela Fine	61
--	----

ESPAÑOL



1.

El libro: La Expresividad de la Forma

El autor: Ferreira Gullar

Las traductoras: Teresa Arijón y Bárbara Belloc

ISBN: 978-99-42221-52-0

Año de publicación: 2017

Editoria de la traducción: Fundación Municipal Bienal de Cuenca-Ecuador

Número de páginas: 211

Sinopsis: primera compilación en español de los ensayos de Ferreira Gullar.

El autor: Ferreira Gullar (1930-2016) fue el nombre artístico del poeta, dramaturgo, ensayista, cronista y crítico de arte José Ribamar Ferreira. A partir de los años sesenta fue parte de los movimientos concretista y neoconcretista. En 2002, ganó el premio Príncipe Claus, en 2007 el premio Jabuti al mejor libro de ficción y en 2010 el premio Camões, el más importante de la literatura portuguesa.

Las traductoras: Teresa Arijón es poeta y traductora. Entre otros autores, tradujo obras de Clarice Lispector, Hilda Hilst, Adriana Lisboa y Alberto Mussa. En asociación con Bárbara Belloc, creó la colección Nomadismos, que ya ha presentado a los lectores

MODO DE REALIDAD

El fundamento de la poesía concreta es precisamente esa nueva percepción del lenguaje, ya no solo como simple referencia al mundo de los objetos sino como un “modo de realidad” de ese mundo: el poeta concreto intenta una nueva organización de la materia verbal, fundada en valores que se oponen al uso de la sintaxis unidireccional.

EL POEMA COMIENZA CUANDO LA LECTURA TERMINA

El poeta concreto crea – formas significativas –, objetos verbales: – concreta – la expresión y le da una realidad espacial; en la poesía concreta la lectura no permite la – abstractización – (– nadificación –, diría Sartre) del texto; es función de la lectura fundar ese texto a el poema comienza cuando la lectura termina.

POESÍA Y PUBLICIDAD

Así, en el poema concreto, el lector es llevado al encuentro de un objeto “durable”; y esto hace que el poema se oponga al anuncio y los procedimientos publicitarios en general, donde el lenguaje pretende solo precipitar una reacción del lector, y no crear un objeto para él.

OBJETIVIDAD CREATIVA

El poeta concreto no confundirá la objetividad creativa – el control indispensable en la creación de un poema cuya lectura es la aprehensión, por el lector, del funcionamiento de su *Gestalt* – con la objetividad científica que presupone un observador ajeno a los factores circunstanciales.

POESÍA Y SUBJETIVIDAD

El poeta concreto no repele – mejor dicho, no pretende repeler – la subjetividad, sin la cual no es posible ninguna creación. Distingue entre el subjetivismo, que embebe a toda una retórica poética cloroformizada, y la subjetividad misma: distingue entre verbalismo y conocimiento fenomenológico. El poema concreto es un medio de controlar totalmente una experiencia.

PRIMACÍA DE LA PALABRA

El poeta concreto reconoce la responsabilidad de la poesía frente al lenguaje como fenómeno social.

Su actitud no es idéntica a la que determinó las recientes investigaciones lógicas destinadas a formalizar la comunicación verbal: ante la amenaza de parálisis del lenguaje y la comunicación tautológica, el poeta concreto experimenta, vivifica y dinamiza la “palabra”. Como tarea social de largo alcance, postula la necesidad de primacía de la palabra.

EQUÍVOCO CIENTIFICISTA

El lenguaje es la actualidad de la cultura (Hegel). La poesía es actualidad del lenguaje (poeta concreto). Sota un equívoco científicista llevaría a suponer que la actualización del lenguaje está en su formalización. La supuesta sumisión de la poesía a estructuras matemáticas lleva el sello de este equívoco.

PALABRA Y LENGUAJE

El poeta concreto sabe que existe una antinomia inmanente en los clones de la palabra con el lenguaje; a medida que el lenguaje se vuelve más general, la palabra va siendo sustituida por otras formas más eficaces de notación, como ocurre en la Lógica Simbólica y en la Física-Matemática. La poesía concreta no aspira a ser un lenguaje, sino un modo de actuación sobre el lenguaje verbal en beneficio de la eficacia de la palabra.

POEMA CONCRETO

El poema concreto quiere ser el nuevo hábitat vital de la palabra.

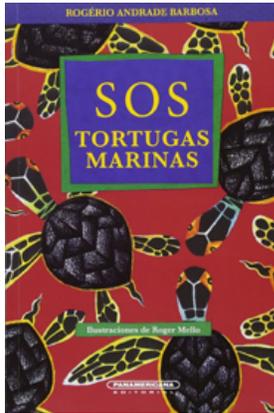
TOTALIDAD TRASCENDENTE

El poema concreto debe valer como experiencia cotidiana – afectiva, intuitiva – para no tornarse mera ilustración, en el campo del lenguaje, de leyes científicas catalogadas. No debemos perder de vista que la combinación de los elementos sensoriales de la palabra – sonido, grafía – dependerá siempre de lo que de ahí resulte como expresión – verbal –, y en vista una totalidad trascendente, el poema

concreto debe hacerse con vistas a que se torne una realidad de la vida y su fruición,
un acto pleno. O no valdría la pena escribirlo.

Ferreira Gullar - Oliveira Bastos - Reynaldo Jardim

Rio de Janeiro, 17 de junio de 1957.



2.

El libro: SOS Tortugas Marinas

Título original: S.O.S. Tartarugas Marinhas

El autor: Rogério Andrade Barbosa

El traductor: Estefanía Santos Betancur

Ilustraciones: Roger Melo

ISBN: 978-958-3055-72-0

Año de publicación del original: 2006

Año de publicación: 2017

Editora original: Melhoramentos

Editora de la traducción: Panamericana Editorial

Número de páginas: 98

Síntesis: Protegidos por la oscuridad, un grupo de contrabandistas espera la llegada de cientos de tortugas marinas que pondrán sus huevos en aquella playa. Un experimentado protectorista, su hija, un joven estudiante de Oceanografía y un intrépido pescador se enfrentarán a las mafias que trafican con animales, en un valeroso intento por desarticular una peligrosa banda internacional que amenaza la vida de decenas de especies de las selvas y los ríos brasileños.

El autor: Rogério Andrade Barbosa es escritor y profesor. Trabaja en el área de la Literatura afrobrasileña y en programas que fomentan la lectura, dando conferencias y cursos por todo o Brasil. Fue nominado a la Lista de Honor de Ibby, en 2002, en Suiza, y recibió, en 2005, el premio de la Academia Brasileña de Letras, en la categoría de Literatura Infantil y Juvenil.

PARTE IV

La serpiente del mar

A muchos kilómetros del Centro Histórico de Salvador, un helicóptero sobrevolaba la inmensidad del océano, inspeccionando el horizonte infinito como un halcón metálico en búsqueda de su presa.

A bordo, apenas dos tripulantes. Uno de ellos era el capitán Grant. El otro, el dueño del aparato, un expiloto de la Fuerza Aérea Británica radicado hacía muchos años en la capital bahiana, después de una larga temporada en tierras africanas. Arrendaba la pequeña aeronave para vuelos turísticos, pero aquella soleada mañana no había podido dejar de atender el pedido del viejo camarada.

— Creo que es aquel, Kenneth - dijo el Barbarroja, señalando un punto oscuro en el mar.

— Vamos a descender para verificar - dijo el piloto, empujando hacia abajo la palanca de mando.

El aparato trazó una recta y se dirigió velozmente al área señalada. Después avistaron un gran navio con un dibujo de una serpiente en el casco grisáceo, balanceándose tranquilamente sobre las olas.

— ¡Es ese! - reconoció el capitán, leyendo el nombre de la embarcación con la ayuda de unos binoculares.

Desde allí arriba se podía tener una imagen detallada del *Sea Snake*. A pesar de estar reformado y pintado, el barco matadero mantenía su estructura original: altas amuradas, semejantes a las de un barco petrolero, y una larga cubierta, donde las ballenas, era desmembradas antiguamente.

El plano inclinado situado en la popa, por el cual eran levantados los gigantescos mamíferos, había sido soldado y sellado. A lo largo de las grandes chimeneas, una hilera de barcos de caucho substituía los anticuados botes balleneros y salvavidas.

Un poco más delante de la línea de flotación se encontraba el cuarto de máquinas, donde los operarios, empapados en sudor, trabajaban en medio del ruido ensordecedor y a una temperatura infernal, vigilando las turbinas de vapor que hacían girar las enormes hélices.

Del otro lado, en las inmediaciones de la popa, estaban el puente de mando y el cuarto de comunicaciones. Abajo, la cubierta de oficiales, las habitaciones de la tripulación, el comedor y la cocina.

El capitán sospechaba que el sombrío y fétido sótano, que antiguamente servía como un sangriento matadero, debía guardar otras mercancías valiosas, además de las tortugas. Probablemente, calculó estaban esperando el anochecer para atacar de nuevo.

— ¿Cree usted que salieron de ahí los cazadores clandestinos? - preguntó Kenneth.

— Con toda seguridad, a pesar de que todavía no tengo pruebas suficientes - aseguró el ecologista. Podemos devolvérselos, ya vi lo que quería.

— Usted es quien manda-dijo el piloto, iniciando maniobras para regresar a Salvador.

En pocos minutos perdieron el *Sea Snake* de vista. Los dos hombres se mantuvieron callados durante buena parte del recorrido, inmersos en sus pensamientos.

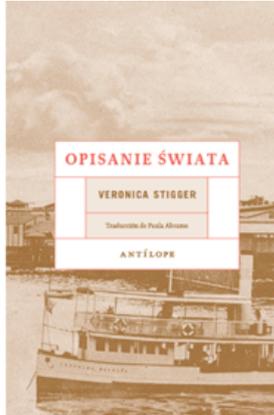
— Hay dos cosas que no entiendo - comentó Kenneth, quebrando el silencio en la cabina. Primero, no tiene sentido que naveguen una distancia tan grande solo para capturar tortugas...

— Tiene razón-interrumpió el irlandés. Debe estar contrabandeando algo mucho más importante. Fui informado de que estuvieron anclados en el puerto de Belén. Y, como usted sabe, Pará es uno de los centros de captación y contrabando de animales más grandes de la región amazónica.

— Segundo - insistió el amigo, ¿por qué no le avisa a la Capitanía de los Puertos y pide que inspeccionen el barco?

Patrick Grant sacudió la cabeza de forma negativa y respondió fríamente:

— No es tan fácil. Los piratas esta fuera de las 200 millas, protegidos en aguas internacionales. Se acercan a la costa apenas empieza la noche. E, incluso si no estuvieran-remarcó, haciendo un gesto característico con las manos-, usted también sabe que, infelizmente, la corrupción abunda entre los funcionarios.



3.

El libro: Opisanie Swiata

Título original: Opisanie Świata

El autor: Veronica Stigger

El traductor: Paula Abramo

ISBN: 978-60-79707-06-4

Año de publicación del original: 2013

Año de publicación: 2017

Editora original: Cosac & Naif

Editora de la traducción: Antílope

Número de páginas: 149

Sinopsis: El polaco Opalka decide abandonar su país, a punto de entrar en guerra, para ir al Amazonas en búsqueda de su hijo. En el camino se encuentra con Bopp, un turista brasileño que deja atrás sus planes en Europa para unirse a su travesía. Con un sentido del humor agudo, Opisanie Swiata, una especie de libro de viajes carnavalesco, narra la reunión de estos dos personajes.

Premio: Machado de Assis de la Fundación Biblioteca Nacional Brasileña y premio São Paulo de Literatura 2014. Finalista del premio Jabuti y Portugal Telecom de literatura.

Reseñas: “Una trama sorprendente sobre desplazamientos, fronteras y un hombre que parte para encontrar a su hijo desconocido en el corazón de la Amazonia; el más inventivo libro de Veronica Stigger” – Emílio Fraia.

El autor: Veronica Stigger (Porto Alegre, 1973) es escritora, crítica de arte y profesora universitaria. Tiene un doctorado en Teoría y Crítica de Arte por la Universidad de São Paulo (USP) y realizó investigaciones de posdoctorado en la Universidad de Roma “La Sapienza”, en el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de São Paulo (MAC USP) y en el Instituto de Estudios del Lenguaje de la Unicamp. Es autora de doce libros de narrativa. *Opisanie Świata* es su primera novela.

|||||

ANDA, PRISCILA, BAILA LA TARANTELA

Ya había amanecido. Bopp se había mudado con sus cuatro maletas al compartimento de Opalka. Además de ellos, estaba allí un ruso de unos cuarenta años, cabezón, de pelo ralo, ojos claros, mejillas rosadas y una barriga enorme. Había pasado toda la noche despierto, mirando por la ventana. Se había subido al tren al anochecer, en un pueblito pequeño y oscuro, llevando consigo sólo un gran bulto de manta que puso en el suelo, cerca de sus pies. No vestía traje, nada más un pantalón café y una camisa que algún día había sido blanca, con los puños gastados y el cuello percutido y amarillento. Entró al compartimento sin decir palabra ni un saludo ni un gesto con la cabeza. Bopp intentó en vano entablar una plática. No hubo libretita negra que le ayudara: el ruso sólo hablaba ruso, y ésa era una de las pocas lenguas en las que Bopp no se arriesgaba. Sin darse por vencido, Bopp apeló a la mímica. Se levantó, se golpeó levemente el pecho con las dos manos y pronunció su nombre haciendo pausas. Como el ruso no reaccionaba, Bopp repitió el gesto y dijo más fuerte, casi a gritos, separando las sílabas:

— Yo soy Bopp.

El ruso lo miró de lado, serio, sin parpadear. Bopp insistió una vez más. El ruso entonces lo encaró, lo señaló y, a continuación, movió el índice de su mano derecha con un gesto horizontal sobre su propio cuello. Bopp iba a repetir la pantomima cuando Opalka lo detuvo tomándolo por el brazo y le pidió que dejara en paz al hombre. Bopp se sentó junto a Opalka, cruzó los brazos y frunció el ceño. Estaba visiblemente contrariado. Opalka se arrellanó en el asiento y cerró los ojos. El ruso, por su parte, se volvió hacia la ventana e intentó abrirla. Bopp se levantó y se detuvo frente al ruso, agitando el índice derecho hacia un lado y hacia el otro, en un ademán negativo.

— No se abre - dijo en portugués.

El ruso lo ignoró y siguió intentando abrir la ventana, que no cedía.

— ¡No se abre! – se repitió Bopp, subiendo la voz. — ¿Qué no ve que esta trabada?

El ruso se levantó, tomó la ventana con las dos manos y la forzó. Bopp se le acercó y repitió en voz alta y muy despacio:

— No se abre.

El ruso se hizo el sordo, volvió su espalda contra la ventana e intentó empujarla con los hombros, asentando las nalgas sobre el marco. Bopp se le acercó todavía más, le tocó suavemente el brazo para impedir que rompiera el vidrio, cosa que, a su juicio, sucedería pronto si el ruso no abandonaba de inmediato aquella demostración de irracionalidad. Con un gesto brusco, el ruso se libró de la mano de Bopp, y se puso a vociferar en su lengua materna.

Gritaba frases largas e incomprensibles que sólo se interrumpían cuando, con las manos en la cintura, le sacaba la lengua a Bopp, girando levemente la cabeza hacia los lados. Bopp se alteró y empezó a gritar también. Le decía al ruso que era un retrasado, un idiota y un cagón. El ruso, que ya tenía la cara roja de tanta rabia, seguía sacándole la lengua a Bopp en los intervalos de la gritaría. De pronto dejó de bramar para forzar un poco más la ventana con las dos manos sobre el vidrio, en un intento inútil de abrirla, Bopp enfureció.

— ¡No se abre, idiota! ¿Es tan difícil darse cuenta?

El ruso encaró a Bopp y volvió a gritar otras muchas frases largas e incomprensibles. Luego empezó a hacer caras: pelaba los ojos, se apoyaba los pulgares en las sienas y sacudía los dedos hacia abajo con las palmas abiertas. Bopp hacía girar sus índices en torno a sus orejas mientras decía que el ruso era una florecita loca a punto de abrirse, que quería ver su botoncito abierto, reventado por los dientes de otro ruso rojo y gordo como él. El ruso volvió a gritar cosas en ruso agitando los dedos apoyados en las sienas. Bopp, que se había alejado, se le acercó de nuevo e iba a darle una cachetada cuando Opalka, que se levantó de golpe y se interpuso entre ellos, lo detuvo.

— ¡Ya basta! ¡Parecen dos niños maleducados! ¡Siéntense!

Como dos colegiales descubiertos con las manos en la masa, Bopp y el ruso se sentaron. Bopp le dijo cagón al ruso por última vez y se calló. El ruso le sacó la lengua a Bopp y se volteó hacia la ventana, recargó la cabeza contra el vidrio y se puso a mirar la sucesión de campos negros e indiscernibles. Y ahí se quedó, aplastando una que otra vez algún insecto que cruzaba frente a él, hasta que una joven irrumpió en el compartimento, horas y horas después, cuando ya era de día.

— ¿Se puede? – dijo tímidamente en italiano, con una voz baja y delicada.

Opalka roncaba con la cabeza caída hacia atrás y Bopp, que dormía recostado en su hombro, se levantó para saludarla con una sutil inclinación de cabeza. Opalka siguió durmiendo como una piedra. El ruso se limitó a quitar los ojos de la ventana y examinar a la recién llegada de arriba abajo sin decir palabra. Era alta, delgada, de mejillas rosadas y sobresalientes. Usaba un vestido de algodón blanco con las mangas cortas, que bajaba en corte. A hasta un palmo debajo de la rodilla. Una franja roja que remataba en un moño a su lado izquierdo le marcaba la cintura. En los pies tenía unos zapatos negros medio gastados en la punta y el talón. Un sombrero rosa en forma de casco, pasado de moda, cubría parte de su abundante cabellera

castaña y rizada. En la mano llevaba una bolsita tachonada de florecitas bordadas, que bien podría haber pertenecido a su abuela. Junto a la bolsa, dentro de un morral de ganchillo, cargaba un frasco de vidrio de unos veinticinco centímetros de alto por diez de ancho. Bopp le tendió la mano y se presentó en italiano.

— Yo soy Bopp. Mucho gusto.

Ella sonrió y le rozó las puntas de los dedos en un flácido apretón de manos.

— Antonini. Priscila Antonini. Mucho gusto.

Bopp besó suavemente los dedos blancos de la joven, cuyas mejillas se pusieron aún más rosadas. Ella retiró de prisa su mano y se sentó al lado del ruso, que se puso a mirarla con fijeza. Cuando la joven al fin le devolvió la mirada, él se la sostuvo recorriendo con su lengua muy lentamente, su labio superior. Priscila hizo cara de asco y se alejó de todo lo que pudo. Bopp puso los ojos en blanco, suspiro hondo y gruño:

— Ruso desgraciado. Está pidiendo a gritos que le pongan una tunda.

— ¿Qué dice? - preguntó Priscila creyendo que Bopp le hablaba con ella.

— No, nada. Cosas mías. No me haga caso, señorita.

Priscila se acomodó la bolsa y el morral con el frasco de vidrio en el regazo. Miro discretamente a su lado y vio que el ruso seguía contemplándola. Ahora tenía la rodilla izquierda doblada sobre el asiento y todo el cuerpo vuelto hacia ella, con la lengua completamente de fuera y los ojos desorbitados. Priscila dejó caer la cabeza y empezó a mover los labios sin pronunciar palabra. Hablaba consigo misma. Tal vez rezaba. Bopp intentó restablecer el contacto, pero ella no le hacía caso. Tenía la mirada fija en el suelo. Mientras movía los labios, jugueteaba con la diminuta asa de la bolsita, enrosquándosela en los dedos. De vez en cuando sonreía. Un instante después se ponía seria y dejaba de distraerse con el asa de la bolsa. De pronto se detuvo. Bajó la cabeza y se puso a llorar bajito. Hacia un ruido semejante a los gemidos de los perros. Bopp, que no dejaba de observar un segundo a la joven, se revolvió en su asiento. Se volteó hacia un lado y hacia el otro, como si buscara una posición mejor. Miro a Opalka, que seguía dormido. El ruso, con cara de desdén, volvió a apoyar la cabezota en la ventana. Priscila se sorbía los mocos y las lágrimas empezaron a correrle por la cara. Bopp se levantó y hasta se inclinó para sentarse junto a la muchacha, pero se rindió a medio camino y volvió a su asiento.

— Señorita Priscila - llamó.

Ella no respondió. Lloraba cada vez más fuerte. Los sollozos le sacudían el cuerpo. Con el ruido del llanto, Opalka se despertó. Se enderezó y, al ver a Priscila en aquel estado, se volvió hacia Boppa con las cejas levantadas. Bopp, como respuesta, levantó las manos con las palmas hacia arriba y se encogió de hombros. Priscila seguía llorando con la cabeza gacha. Todo su cuerpo se estremecía y su rostro estaba tumefacto, completamente empapado y rojo. Tomó la bolsa de ganchillo y se llevó a la cara para secarse. Pero no se dio cuenta de que la apertura de la bolsa estaba hacia abajo. Al levantarla, el frasco de vidrio se salió, cayó al suelo y se rompió en cuatro grandes partes. Priscila dejó de llorar inmediatamente y se puso de pie en un salto.

— ¡Maria Antonieta! - gritó con las manos en la cabeza.

Enseguida se arrodilló en el suelo y se puso a buscar debajo de los asientos y por los cuatro rincones del compartimento. Bopp miró a Opalka y alzó las cejas. El ruso estiró el cuello hacia adelante, miró el suelo durante algunos segundos y, no viendo nada más que los trozos de vidrio, volvió a contemplar el paisaje. Bopp, entonces, se agachó junto a Priscila, que seguía llamando desesperadamente a María Antonieta, recogió los cuatro trozos de vidrio y los juntó intentando reconstruir el frasco. Pero no tuvo éxito: hacía falta pegamento para unirlos. Priscila recorría el suelo despacito con la mano, alisándolo y llamando siempre a María Antonieta. Bopp se acercó a Priscila y le preguntó quién era María Antonieta. Ella dejó de buscar un instante, miró a Bopp y, de rodillas, lo asió con las dos manos por el kimono de seda estampado. Al hacerlo, vio que tenía una gran marca roja en el pulgar derecho.

— ¡Me mordió! – gritó levantándose de golpe y cubriéndose la mano derecha con la izquierda para protegerla. — ¡Me mordió! Estoy acabada.

Bopp también se levantó, y Opalka lo imitó. Priscila les mostró su mano lastimada y dijo, rompiendo en llanto otra vez:

— María Antonieta me mordió. Se la pasa mordéndome. Por eso la llevo encerrada en este frasco de vidrio – dijo, apoderándose de los pedazos que sostenía Bopp y apretándolos tan fuerte que le desgarraron la piel de las manos, produciéndole un intenso sangrado.

— Pero, ¿el frasco no estaba vacío? – pregunto Bopp sin que nadie lo escuchara.

— Y cuando me muerde – continuo Priscila, abriendo mucho los ojos y acercándose tanto a Bopp y a Opalka, que podían sentir su aliento – me convierto en araña.

Les explicaba que la joven que bailaba por los corredores se había puesto así después de descubrir que ya no tenía a María Antonieta y que la necesitaba para volver a la normalidad. Muchos se conmovieron con la historia y se dispusieron a cooperar, pese a que no estaban seguros de qué era exactamente lo que debían buscar. Algunos se armaron de vasos y cajas. Otros se equiparon con hilos y retazos de tela. Bopp impidió que un niño avanzara armado con el bastón de su abuelo. Lo ideal sería capturar viva a María Antonieta. Cuando Priscila llegó al vagón restaurante, ya iba tras ella una pequeña multitud. Ahora giraba con los brazos abiertos, desgrefiada y saltarina. A una señal de Bopp, todos se agacharon y empezaron a escrutar cada rincón del vagón, volteando mesas y sillas, desacomodándolo todo. Muchos vasos y plato se rompieron sin querer. Era demasiada gente para un vagón tan pequeño. Y encima Priscila daba vueltas por las esquilas al ritmo de la tonada que silbaba. De pronto cayó al suelo y se puso a rodar de un lado al otro, chocando contra mesas, sillas y cuerpos. Tumbó a una señora de unos sesenta años que buscaba a María Antonieta junto a un florero y atropelló a una niña que intentaba capturar una mosca panteonera. Priscila se levantó y dio algunas vueltas más con los brazos abiertos hasta que al fin volvió a desplomarse. Boca abajo, agitaba piernas y brazos. Mientras tanto, una pequeña multitud, dirigida por Bopp, se afanaba en la búsqueda de María Antonieta. Pero, como no sabían a ciencia cierta cuál era la naturaleza de María Antonieta, no podían afirmar si la habían encontrado o no. En el proceso encontraron tres botones rojos, dos azules, uno café, cuatro color perla y una vela consumida a

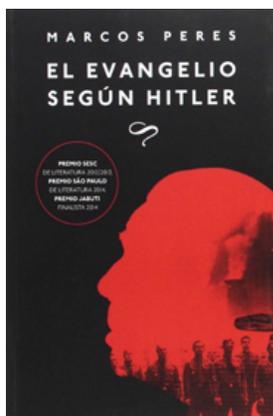
medias, un florerito roto, un changuito de porcelana sin cabeza, un chal, un pañuelo usado, doblado y repleto de mocos ya duros, tres peines, un cepillo de dientes, un broche para el cabello, una pastilla azul y tres blancas, una rebanada enmohecida de pastel de chocolate, cáscaras de naranja secas, cacahuates, un huevo podrido, cinco anillos, dos aretes, un collar de piedras verdes, dos pulseras de plata, un collar de chaquira, un trozo de chapopote, una agujeta negra, unas tijeras de costura, una pieza de dominó, siete boletos de tren, diecinueve monedas de tres países distintos, una navaja, un tubo de lubricante, una rata muerta, treinta y siete colillas de cigarro, una pipa rota, un *pince-nez* con mango de carey, tres tornillos, dos tuercas, una cabeza de muñeca sin ojos, una antena de radio, dos caramelos amarillos, trozos podridos de carne en salsa roja, una papa mohosa, una espina de pescado, una lombriz viva, la rueda de carrito de juguete, treinta centímetros de hilo, un resorte, un pedazo de regla, una bolita de algodón sucia de sangre, un tenedor, una cuchara sopera, una postal con la imagen de la sala de fumadores de un barco de lujo, un zapatito rosa de bebé, un diente de oro, una botella de vodka, lo que quedaba de un lápiz, una corbata gris, un manojo de llaves, un tintero vacío, un par de esposas, una guía de viajes a Oriente, la portada rota de un libro, un mango de binoculares para el teatro, un engrane, una coladera, un rosario, una imagen de la Virgen María, el retrato de una mujer con un niño pequeño, un desarmador, un taza de encaje, y un rey, un caballo y una reina de ajedrez, todos de juegos distintos. La gente iba poniendo todos esos objetos alrededor de Priscila, que no dejaba de sacudirse en el suelo. A su alrededor fue creciendo una muralla de objeto, que la separaba de los demás pasajeros. Con el tiempo, éstos fueron cansándose de buscar a María Antonieta. Habían escudriñado cada rinconcito no sólo del vagón restaurante, sino de los otros vagones del tren, y recogido todas las cosas perdidas o simplemente abandonadas. Exhaustos, fueron volviendo poco a poco a sus lugares. Algunos iban cabizbajos, desolados. Otros, molestos, pateaban las paredes. Cuando el tren se detuvo en la última estación, Priscila ya no se sacudía. Todavía estaba acostada, pero inmóvil, boca abajo, con los brazos estirados hacia adelante y la nariz pegada al suelo. No hizo ademán de levantarse. La gente se iba sin mirar atrás. Bopp se agachó junto a Priscila, le estrechó la mano derecha y le preguntó si necesitaba ayuda. Pero no obtuvo respuesta. Repitió la pregunta. Esta vez habló más fuerte. Intentó levantarla, tomándola por las axilas, pero ella no se tenía en pie. Entonces entró en el vagón un tipo bien parecido. Aunque era verano y hacía un calor sorprendente para aquella región de Europa, llevaba un traje a rayas, polainas y un sombrero oscuro. Venía acompañado de otros hombres, no tan elegantes como él, pero vestidos de la misma manera.

— Déjela - le ordenó el tipo a Bopp.

Bopp lo miró con desconfianza y vaciló un instante antes de recostar a Priscila nuevamente en el suelo, con la nariz hacia abajo, le puso sobre la espalda el sombrero en forma de casco y la bolsita, que había llevado consigo durante la danza demencial de la joven. El tipo se acercó a Priscila y la cargó. En silencio, sin mirar a nadie, bajó del vagón. Cuando ambos pasaron frente a él, Bopp se despidió con la mano. Opalka inclinó la cabeza a manera de saludo. Después los dos recogieron sus pertenencias

y bajaron. El último en salir del tren fue el ruso, que, en la estación, tras asegurarse de que ya todos se habían ido, sacó del bolsillo derecho de su pantalón una araña grande, peluda, con las patas anilladas de naranja y negro, y se la puso en el hombro izquierdo, sobre el bulto de manta que llevaba a cuestas. De su otro bolsillo, sacó una cajita esmaltada, la abrió y extrajo de su interior un zancudo muerto. Le dio el insecto a la araña, que se lo tragó entero. Sacó del mismo bolsillo papel y tabaco, lió un cigarro y se fue formando anillos de humo en el aire, mientras canturreaba la tarantela.





4.

El libro: El Evangelio Según Hitler

Título original: O evangelho segundo Hitler

El autor: Marcos Peres

El traductor: Mercedes Vaquero Granados

ISBN: 978-84-94450-13-6

Año de publicación del original: 2013

Año de publicación: 2017

Editora del original: Record

Editora de la traducción: Maresia Libros

Número de páginas: 313

Sinopsis: Es una sorprendente novela protagonizada por un aspirante a escritor, homónimo de Jorge Luis Borges. Obsesionado por el aparente paralelismo de sus vidas, el “doble” imputará al génio argentino la infamia de haber engendrado con su literatura el fermento profético que inspiró a Adolf Hitler el exterminio masivo de judíos. Ya anciano, viajará a Ginebra con el objetivo de asesinar a Borges por el bien de la humanidad, mientras rememora los antecedentes que han conducido a ello, acaecidos en la convulsa Alemania de pré-guerra.

Premio: Premio Sesc de Literatura 2012/2013; Premio São Paulo de Literatura 2014; Premio Jabuti Finalista 2014.

Reseñas: “Aventurar que la literatura de Borges sea una de las principales responsables de las barbaridades del nazismo es sin duda una irresponsabilidad deliciosa. El Evangelio

según Hitler ganó el Premio SESC con toda justicia por ser literatura de riesgo. Y tengo la certeza absoluta de que ustedes también querrán llegar hasta el final” – André Sant’Anna.

2

El avión levanta vuelo y enseguida diviso una Berlín pequeñita, desde lo alto, una visión nueva para mí. Pobre Berlín. Fue víctima de ese hombre. Merece morir por esa ciudad, pienso, una sed de justicia que aflora tardía, pues nunca tuve inclinación de justiciero. En verdad, soy un hipócrita. Berlín se aleja en la distancia y sólo veo a Raquel Spanier, ceguera selectiva. Podrían morir todos los berlineses y berlinesas, y mi egoísmo sólo la iluminaría a ella; el resto permanecería sumido en la oscuridad más absoluta. ¿Estás en algún lugar de esa urbe, mi amor? ¿De qué lado del muro, de qué lado de la vida? El culpable morirá, Raquel. Serás vengada. Lo mataré con mis propias manos para estar seguro. Cuando se den cuenta, avisarán de inmediato a la policía ginebrina. No tengo fuerzas ni ánimo para huir. Me duelen todos los huesos; ya he rebasado los ochenta, y eso no se esquivo por mucho que lo intentes. Sin embargo, aunque pudiese, no saldría por pies. Quiero contemplar su cadáver un buen rato, sufrir prisión y vejación pública. Deseo que sepan quién fue el asesino de... Seré juzgado, un juicio menos arduo que el de Núremberg. El mundo se conmoverá con la pérdida del célebre muerto, de mi adorado contemporáneo, y el tribunal se revolverá airado contra mí. Mi abogado, desesperado, argumentará atenuantes: «Su señoría, el acusado es un anciano con sus facultades mentales mermadas que más merece nuestra misericordia que nuestra condena. Advértalo en lo que dice; habla de nazis, elucubra sobre teorías conspiratorias, planes divinos y anticristos, sobre una tal Raquel que fue asesinada por... Evidentemente, su señoría, está loco de atar».

Mejor callar. El fatal veredicto será unánime. Sólo unos cuantos, los elegidos, adivinarán la verdad. Mejor el silencio. Guardar la compostura ante la reprobación y el odio. En el ocaso de mi vida, seré detestado. Mi muerte, festejada. Mi tumba, como las sepulturas de los asesinos de los grandes héroes, no estará adornada con flores o bellas inscripciones. Nada. Sin embargo, que me juzguen injustamente qué más da. Yo sé lo que vi, lo que viví y lo que estoy dispuesto a hacer. Y con eso me basta.

Un sobresalto. En un raro reflejo, cojo el maletín que descansa en mis rodillas y lo aprieto contra mi pecho. Lo abrazo como una madre abrazaría a su criatura, pero con el pulso acelerado, con miedo de que las dos jovencitas sentadas a mi lado perciban mis pensamientos, o los latidos delatores y descompasados de mi corazón. Aún hablan de literatura. Una menciona a un argentino que ha leído hace poco, autor de un libro de cuentos sensacional, subraya, titulado *El Aleph*. Ambas

discurren alegremente acerca del amor platónico, las fuerzas del universo y las semejanzas con las visiones de la *Divina comedia* que contiene el relato que da título a la colección. La que había condenado *Crímen y castigo* se pregunta cómo unos cuentos tan complejos han podido ser escritos en América del Sur. Su amiga responde que Borges es más inglés que argentino, que su cultura procede íntegramente de Europa. ¡Vaya, hace un momento reivindicaban la igualdad de género y ahora se refieren al insigne escritor sudamericano como si se tratase de un sujeto exótico, el buen salvaje de Rousseau! Tiene gracia. El cuerpo me pide presentarme. «Hola, soy sudamericano encantado. No ladro ni muerdo. Y también he leído todas esas mierdas de obras de las que están hablando...»

Sudamericano, de Buenos Aires, nacido y criado en Almagro, en Guardia Vieja, cerca de la avenida Medrana. Mi madre se llamaba Ana de Alvarenga Boaventura y vino de Portugal aún pequeña, a principios del siglo pasado. Sus padres fueron João Boaventura Lopes y Conceição Borges Alvarenga, una portuguesa soñadora y ferviente católica. Emigraron animados por el sueño de alcanzar riqueza y prosperidad en el nuevo mundo. Mi madre conoció a mi padre en el barrio de La Boca, por aquel entonces un hervidero de buscavidas y rufianes. Él era un sin nombre, un golfo, un embustero que la engatusó y sembró en ella un hijo para poco después desaparecer en dios o el demonio saben qué puertos, qué barcos, qué países, en la inmensidad de su mundo sin fronteras de aventurero. Desgració la vida de mi madre, que fue expulsada de la casa paterna por mi abuelo, un severo portugués que no pasó por alto que la honra del linaje de los Boaventura hubiese sido mancillada por un criollo, un inferior en sangre sin blasón en su apellido. Injurio a su hija y renegó del nieto que aún pateaba en su barriga, jurando que no sería abuelo de un mestizo engendrado por un colonizado. En esos meses tortuosos, la señora Conceição Borges Alvarenga lloró a raudales, en silencio y a solas, dividida entre la obediencia que debía a su inflexible marido y la compasión que sentía por su hija y un bebé inocente. Al final, su conmiseración se reveló más fuerte y a escondidas comenzó a meter la mano en los ahorros familiares ocultos en un pequeño compartimento detrás de un cuadro, para procurar a su hija techo y comida.

Gracias a su ayuda. Aria de Alvarenga Boaventura, mi madre, pudo alquilar un modesto apartamento en Almagro, no muy lejos de la avenida Medrana. En ese domicilio me dio a luz, bajo la bendición encubierta de su madre y el recuerdo de la maldición del padre; un recuerdo y una maldición que perduraron toda su vida, pues el hosco y duro patriarca portugués nunca jamás volvió a cruzar una palabra con la hija repudiada. Durante el parto, a las fuertes contracciones se sumó a la respiración entrecortada y nerviosa de mi madre. Su vieja le daba ánimos y le decía que su padre rezaba por ella. «Mentira chocina», gritaba la parturienta. «Es verdad», replicaba la abuela, y en ese dime y diretes andaban curando, a punto de salir yo, Ana chilló con tanta fuerza que era falso, con tan ronca y feroz, que doña Conceição calló y hasta rezó un padrenuestro, amedrentada por la escena, que más que un alumbramiento semejaba una posión.

Mi abuelo, no obstante, la áspera corteza de su honra lusitana, debía de saber que su mujer sisaba dinero de la caja fuerte. Debía de estar al tanto de que faltaba

plata, pero nunca le preguntó a mi abuela sobre ello en los casi veinte años que ella anduvo metiendo mano en el escondrijo para auxiliar a los desgraciados de su hija y su nieto. Lo sabía, y si bien su honor no lo aceptaba, su corazón toleraba esos pequeños hurtos quizá como una compensación.

La vieja Conceição echaba una mano en todo lo que podía a la pobre madre soltera. La asistió tras el parto, impartándole las primeras lecciones para amamantar, cambiar los pañales y bañar al niño. Si con el marido se mostraba comedida, casta y obediente, fruto de su educación católica, con la hija se comportó como una leona a la que ayudaba en la casa, en la comida y en la crianza del bebé. La socorrió en todos los detalles, incluso a la hora de escoger el nombre de la menuda criatura, una elección que mi madre demoraba, toda vez que aún no sabía si amaba o no a su retoño, a causa de los sufrimientos y vuelcos en su vida que le había acarreado. Mi abuela tomó cartas en el asunto. Compró varios libros de nombres y se quedó fascinada con los de reyes y santos católicos.

«Rey para otorgar fuerzas al chico, santo para procurarle piedad», repetía, intentando convencer a su hija, que finalmente aceptó más por cansancio que por los motivos expuestos, Conceição Borges Alvarenga suspiraba cada vez que veía la estampita de San Jorge matando al dragón que ilustraba uno de los volúmenes. Tenía sus razones: Jorge, nacido en la Capadocia, con vocación por la guerra y las armas, renunció a sus riquezas y se rebeló contra Roma en nombre de la fe cristiana. Fue torturado, pero no se retractó de la Verdad, que era Jesucristo y no los falsos dioses rumanos, y fue degollado. Mi abuela se sabía de memoria los más mínimos pormenores de la leyenda de San Jorge, patrón de Portugal y de Cataluña, venerado en todos los rincones en donde prosperó la semilla del cristianismo. «Jorge es un nombre que aúna fortaleza y fe», se decía, «un nombre que siempre recordará a mi nieto que es católico, que es lusitano, que es fuerte». Mi abuela no conocía mi destino, pero lo cierto es que me bautizó con el nombre del santo que empuña una lanza contra el monstruo. Que mi orgullo y mi falta de humildad sean perdonados, pero yo a eso lo llamo una señal, como ya he dicho.

Fallaba el nombre del rey, símbolo de sabiduría, poder y justicia, al menos para una señora proveniente de un país de tradiciones monárquicas en cuyo corazón estaba esculpido, aun sin ser consciente, la idea de que la autoridad del monarca adviene directamente de Dios. Enseguida se quedó prendada del nombre de Felipe, ilustrado en otro libro con el grabado de Felipe IV de Francia, también conocido como «Felipe, el Hermoso» y «el rey de mármol», por su extraordinaria belleza, o «el rey de hierro», por su vigor, por su porte siempre altivo. Y así fue como quedó establecido el nombre del niño: Jorge Felipe Alvarenga Boaventura.

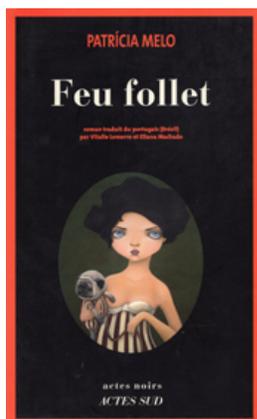
En mi regazo descansa el objeto que mudó el rumbo del mundo, el maldito objeto que me fue confiado y que esta vez servirá para matar al Otro que conoce el secreto. ¿Por qué, siendo dueño de esta aciaga carga, divago perdiendo el poco y precioso tiempo que me resta recordando el origen de mi nombre? Debería comportarme como un asceta, pensar sólo en el plan, en la muerte venidera; encontrar un hilo que me saque de este laberinto, una luz que ilumine mi camino y retire el velo de oscuridad que cubre mis ojos. ¿Por qué, entonces, prestar atención

a una nadería como es la procedencia de mi nombre? Pero no es una bobada. Mi nombre es importante, lo sé. Forma parte de mi destino, de mi historia. Ya he dicho que estoy marcado por señales, y la mayor prueba de ello es mi nombre. Poco antes de acudir al registro civil, curioseando en los anaqueles de la sección de historia de una biblioteca, mi abuela leyó que Felipe el hermoso había secuestrado al Papa y establecido la sede del papado en Avignon, en Francia. «¡Dios me libre!», pensaría santiguándose, «ni hablar, no voy a llamar a mi nieto con el nombre de un monarca que se rebeló contra la Santa Iglesia Católica Apostólica de Roma». Y trocó Felipe por Luis, luego de leer en una enciclopedia que Felipe el Hermoso había sido precedido por Felipe III, que a su vez había sido antecedido por San Luis IX, un rey canonizado por su coraje y determinación en la defensa de la cristiandad demostrados en las Santas Cruzadas. «Como anillo al dedo», se diría mi abuela, «la bendición de Dios y la de los hombres, un nombre perfecto».

No tuvo en cuenta, sin embargo, que su hija se sublevara por los apellidos. En pie, con el niño llorando en sus brazos, el funcionario del registro esperando y la abuela afligida, la madre, terca como una mula, afirmó tajante que no le pondría el apellido de su padre a su hijo: «De ningún modo. ¿Qué quiere, que le ponga el nombre de familia de quien me puso de patitas en la calle y renegó de la criatura? ¡Que se vaya al infierno!». Mi abuela insistió, el rostro lacrimoso, las manos apuntando hacia el cielo, clamando a Dios por qué permitía que esa desgracia ocurriera en un hogar tan devoto al Señor. Esta vez su insistencia no dio frutos, pues la joven sólo se avino a que su hijo llevase el apellido materno, el paterno jamás. Impaciente, el señor del registro preguntó: «Entonces, ¿el niño será Alvarenga?». Ambas mujeres respondieron que sí con la cabeza y el empleado público empezó a escribir en su libro. Cuando estaba a punto de completar el registro, la abuela dio un grito y preguntó si aún estaba a tiempo de cambiar el nombre. El funcionario soltó un suspiro y dijo que sí, con tal de que fuera la última permuta. Las palabras siguientes de doña Conceição Borges Alvarenga determinaron mis días venideros: «Hija mía, cuando te alumbré quise traspasarte mi apellido Borges, mi preferido. Viene de mi abuela materna, que era francesa, un nombre distinguido según me contaba ella, un nombre burgués, por el que siempre tuve mucho cariño. Quería legártelo, pero tu padre se opuso y se empecinó en ponerte Boaventura, que desde luego también es muy bonito y remite a un buen futuro. Cuando se lo propuse, respondió que, juntos, su Boaventura y mi Borges disonaban. Sumisa, le obedecí y te transferí mi otro apellido, en contra de mi voluntad. Si es posible, quiero que el niño sea Borges, no como su madre, sino como su abuela, y como su tatarabuela de Francia, que era noble y sabia».

¿Todavía no creen en las señales? A causa de una cacofonía y de un rey que quiso adueñarse de los poderes divinos, el niño que debería haberse llamado Jorge Felipe Alvarenga Boaventura se llamó Jorge Luis Borges. Miro hacia mí costado. Las jóvenes siguen charlando sobre no sé qué cuento de El Aleph. Cuánta basura, pienso, mostrando mi desdén con un ostensible, teatral, vaivén de cabeza.

FRANÇAIS



5.

Le livre : Feu Follet

L'auteur : Patrícia Melo

Les traductrices : Vitalie Lemerre et Eliana Machado

Titre : Fogo-fátuo

ISBN : 978-2-330-08685-5

Éditeur : Actes Sud

Année de publication : 2017

Nombre de pages : 336

Synopsis : Dans un théâtre de São Paulo, le rideau va se refermer sur la première de l'adaptation du « Feu follet » de Drieu la Rochelle. Le public retient son souffle, bluffé par la performance de l'acteur principal, tombé au sol après s'être tiré une balle dans la tête. Une mort si magistralement mise en scène que des éclats de cervelle sont projetés sur les fauteuils capitonnés du premier rang. Homicide, accident ou suicide ? L'homme, connu pour ses frasques, combinait narcissisme pathologique et dysfonctionnement érectile, un mélange détonant lorsqu'on est une vedette populaire. Qui aurait eu intérêt à sacrifier la « poule aux œufs d'or » ? L'épouse humiliée, ravissante, idiote

qui se damnerait pour remporter un reality show ? Les admiratrices éconduites ? Les paparazzis en quête de scoop ?

Il incombe à Azucena, la responsable du service scientifique de la police, de trouver les réponses, alors même qu'au sein des forces de l'ordre un groupe d'exterminateurs semble s'être donné pour mission de « nettoyer » la ville.

La jeune femme se bat sur tous les fronts, et avoir malencontreusement surpris sa sœur cadette dans la chambre conjugale n'est pas le moindre de ses soucis.

L'auteur : Patrícia Melo née le 2 octobre 1962 à Rio de Janeiro, est une femme de lettres brésilienne, auteur de romans policiers. Elle amorce sa carrière d'écrivaine dès l'âge de 18 ans en rédigeant des textes pour la télévision brésilienne. Depuis 1993, elle signe des épisodes du feuilleton et de quelques adaptations pour des téléfilms.

En 1994, elle se lance dans le roman policier. Ont paru en France : Acqua Toffana, O Matador : Le tueur, Éloge du mensonge, Enfer, Le diable danse avec moi, Monde perdu et Voleur de cadavres. La violence est d'ailleurs très souvent présente dans les œuvres de l'écrivaine.

Les traductrices : Eliana Machado (São Paulo) est écrivaine, traductrice portugais-français, éditrice, poétesse et professeure de langues. Cette écrivaine transnationale a publié 7 titres, son dernier livre étant son roman de science-fiction Brasil : Inner Adventure, pour lequel elle a reçu en 2017 le Prêmio Talentos Helveticos Brasileiros III (Suisse). En 2016, l'écrivaine a reçu le prix d'excellence littéraire de l'Union des écrivains hispanomundiaux (UHE), en 2014, le prix du meilleur auteur étranger de l'Union internationale de la presse francophone (UPF) de Monaco et, entre autres, le prix d'excellence culturelle 2013 de l'Association brésilienne du dessin et des arts visuels. L'écrivaine a commencé à publier son travail en France, où elle vit actuellement, elle est professeure de langues à temps plein au Lycée Technique et hôtelier de Monte-Carlo depuis 2005.

Vitalie Lemerre



1

(p. 23-28)

Ce n'est pas un cancer ou une insuffisance rénale. Ce n'est pas le cœur. C'est autre chose, pense-t-elle. C'est une fortune de douze milliards de neurones qui commence à être dilapidée. C'est aussi une maladie métaphysique qui, pour certains, vient avec la retraite. La vitesse à laquelle tout arrive est effrayante : un jour, tu es le chef de famille. Le lendemain, tu vas en savates, sans but, oubliant les choses, et tout à coup, on t'enforce des pilules dans la bouche, contrôlant ce que tu dépenses, ce que tu manges. Du moins fut-ce ainsi pour son père. Peu à peu, le vieil homme se courbait, rapetissait, s'éteignait. C'est de ça qu'il mourra bientôt. En fait, il est déjà en train de mourir. Jour après jour, elle le voit pourrir, comme un arbre centenaire qui a seulement besoin d'une bonne tempête pour tomber. Son capteur interne siffle depuis longtemps : le jour approche. Elle déteste en avoir conscience, mais c'est ainsi. C'est pour cette raison qu'elle a imaginé ce voyage. Le prétexte ce sont les quatre-vingts ans du patriarcat. Pour elle, cependant, c'est un adieu secret. Elle ne veut pas qu'il parte sans ça : sans connaître cette terre, cette arène, sans entendre tous ces chanteurs.

De sa table, Azucena Gobbi voit ses parents sortir de l'ascenseur et marcher dans la direction opposée au restaurant.

Damaso avance à petits pas, chancelant ses petits yeux rivés au sol. Sa mère va devant, en sandales orthopédiques qui font paraître ses pieds plus grands.

Quand Azucena se lève pour les récupérer, les touristes des tables voisines se retournent pour la regarder. Elle n'est pas belle. Mais elle a une allure sportive, longiligne et des yeux bleus qui détournent l'attention de la petite bosse de son nez qu'elle exècre tant.

Avec un pincement au cœur, elle se rend compte, une fois de plus, que ce petit homme là-bas devant, qui suit son épouse tel un chien obéissant, n'a plus rien à voir avec le commissaire de Guarulhos de son enfance, le vieux lion rital – comme on le connaissait en ville.

— Papa, dit-elle, en s'approchant dans son dos. C'est de l'autre côté.

Maintenant, Damaso appuyé sur son bras droit, elle revient vers le restaurant, suivie par sa mère, qui se plaint de l'air conditionné.

La journée avait été intense. Très tôt, Washington, commissaire divisionnaire de la brigade criminelle pauliste – où elle est l'adjointe de la chef de la police technique et scientifique –, avait téléphoné pour vérifier le calibre de l'arme qui avait tué trois policiers dans le centre-ville. Je suis en vacances, avait-elle eu envie de répondre. Mais elle connaît bien l'engrenage qui se met en route en cas de crise, quand augmente le nombre d'homicides en ville. C'était déjà arrivé d'autres fois : le gouverneur prend

connaissance des chiffres noirs et commence la journée en tapant sur le secrétaire à la Sécurité qui, par un effet domino, met la pression sur le commissaire divisionnaire, et ce dernier, à son tour, botte les fesses de l'équipe de la brigade criminelle. Mais le bouton play de l'engrenage, c'est la presse. Et la presse est en train de mettre en avant la tuerie des policiers qui a eu lieu en ville.

— Maintenant les mecs déconnent : ils ont commencé à comparer São Paulo à la Colombie, dit Washington.

Cela aurait pu être pire, elle le sait, ils auraient pu parler d'État en faillite, ils sont à deux doigts de le faire. Washington est obligé de descendre tous les jours dans le bureau du secrétaire pour lui rendre des comptes.

— Comme si São Paulo était pire que le reste du Brésil et non le contraire. Comme si nous tuions davantage. Nous ne sommes pas à João Pessoa. Nous ne sommes pas à Rio de Janeiro. Les factions criminelles d'ici sont acéphales. Il n'y a pas un commandement unifié. Qu'est-ce que c'est que cette histoire de parler de guerre ? Ces trous du cul, jure-t-il, en faisant allusion aux journalistes. Cette bande d'alarmistes n'arrête pas de me faire chier la vie.

À l'entrée du restaurant, elle remarque un monsieur grisonnant accompagné d'une femme bien plus jeune.

— C'est le chef d'orchestre d'Aida que nous avons vu hier, chuchote-t-elle à l'oreille de son père.

L'opéra est la seule chose capable de donner de l'énergie au vieillard. L'espace d'un instant, le visage de Damaso s'illumine. Dans la célébration de son anniversaire sont comprises les entrées pour La Bohème et Le Barbier de Séville aux arènes de Vérone.

Il n'avait pas été possible de réunir tous les Gobbi. Giulia, la sœur cadette, n'a pas de bons résultats en biologie et rester à Guarulhos pendant les vacances universitaires était sa punition. En réalité, si Giuliana n'avait pas été une bonne stagiaire à la section technique et scientifique de la criminelle, Azucena aurait réfléchi à deux fois avant de l'évincer de la célébration. Son humour acide, son éclat juvénile et sa façon frétilante d'apparaître et de disparaître font de la gamine un antidote efficace contre le marasme des rencontres familiales, et un vrai contrepoids pour Ana, la sœur du milieu, en début de grossesse, qui vient de se joindre à eux au restaurant. Le zombie du portable. C'est le surnom qu'Azucena lui a donné en voyage. La criminelle est bourrée de personnes comme Ana, des gens sans énergie, blasés, qui n'arrivent pas à détacher leurs yeux de l'écran de leurs portables, des gens qui pianotent tout le temps, qui pianotent tout en parlant avec toi, qui pianotent pendant qu'ils conduisent la voiture de police, qui pianotent pendant qu'ils portent un cadavre, des gens qui pianotent plus qu'ils ne vivent, mais le cas d'Ana, pense-t-elle, avec son aliénation, son manque total de sujets de conversation, semble friser la bêtise.

Elle s'était promis de ne pas s'énerver contre elle, ni contre sa mère. Mais ce n'est pas facile. Quand le serveur vient prendre la commande, Jandira offre un spectacle à part. Elle parle portugais posément, sur un ton au-dessus du nécessaire, comme si elle se trouvait devant un enfant sourd. Elle vérifie chaque plat, le prix, fait des conversions de l'euro au réal et, finalement, déclare ne pas avoir faim.

Depuis leur arrivée, Azucena a remarqué quelque chose d'inédit : Jandira se comporte comme si son mari n'était pas présent. L'inversion des rôles est manifeste : maintenant que le lion a perdu ses crocs, la maîtresse de maison veut se venger d'une longue vie de soumission.

Quand les plats arrivent, Damaso est en train d'identifier les photos qui recouvrent les murs : la Calias, Franco Corelli, Mirella Freni, Carlo Bergonzi, Pavarotri, Renata Tebaldi, Ghena Dimitrova, Giuseppe Di Stefano et Maria Caniglia. Il est tout content, la mémoire lucide, c'est sûrement le vin qui se répand dans le sang, pense-t-elle, remplissant une fois encore le verre du vieil homme. Jandira avertit : elle va tout raconter au Dr Alceu. Elle répète la menace cinq, six fois au cours du dîner :

— S'il a une autre attaque d'amnésie, ce sera son problème.

Il n'y avait pas eu beaucoup d'épisodes. Quatre, et bien précis. Un dimanche, il avait oublié le chemin de la maison en revenant du jeu de jacquet sur la place. En une autre occasion, il avait oublié Jandira au cinéma.

Le médecin avait été très clair :

— Votre père n'a pas alzheimer. C'est une autre maladie, appelée vieillesse.

Sa mère n'accepte pas la déchéance de son mari. Si elle avait été un expert, pense Azucena, elle serait déjà résignée. Les experts vieillissent vite. Les commissaires aussi.

— Joyeux anniversaire, papa, dit-elle en levant son verre et en s'efforçant de créer un climat de fête ce soir-là.

Avant de partir vers les arènes, elle prend son courage à deux mains, va jusqu'à la table voisine et demande un autographe au chef d'orchestre. La jeune femme à la minirobe qui accompagne le maestro, à moitié pompette, dépose un baiser à côté de la signature. Ils sont amants, s'aperçoit Azucena.

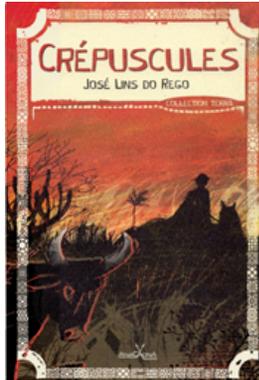
— Elle a aussi voulu donner un autographe, indique-t-elle à son père, en montrant le papier arraché de son agenda, où on peut lire : « To Damaso, most sincerely, Gilbert Wannick ».

Les rues de la ville sont envahies par les Japonais, les Coréens et les Russes. Ce sont des touristes. Ils ne sont pas là pour les opéras. Ils veulent s'amuser, et l'opéra est une sorte de tour Eiffel qu'ils doivent connaître et photographier. Ils accourent vers l'arène, en troupeau, espérant voir des effets théâtraux, un défilé de vainqueurs, des cracheurs de feu, des prisonniers éthiopiens, des éléphants et des chevaux, ou emporte quelle scène grandiose.

Ana et Jandira vont devant, s'arrêtant au coin des rues où des Africains, récemment arrivés en Italie, vendent des contrefaçons de sacs Gucci et Prada.

Azucena et son père marchent bras dessus, bras dessous. Il ne comprend pas comment le chef d'orchestre de l'opéra auquel ils ont assisté le soir précédent a été capable de placer le chœur dos à la scène. D'où vient une telle idée ?

— Du diable, dit sa fille. On n'entendait rien du tout. Peu après, la famille a pris place au parterre. Ils sont seize mille personnes dans l'arène et chacune d'elles tient une lanterne ou un briquet allumé, produisant un effet grandiose. Quand la scène est transformée en Café Momus et que la clique parisienne entre en scène, apportant drapeaux, bicyclettes, échasses, ballons, feux d'artifice et tous les moyens pour amener le public au délire, Azucena regarde de côté et voit que son père dort.



6.

Le livre : Crépuscules

L'auteur : José Lins do Rego

La traductrice : Paula Anacaona

L'illustrateur : Maurício Negro

Titre : Fogo Morto

ISBN : 978-91-8799-85-6

Éditeur : Editions Anacaona

Année de publication : 2017

Nombre de pages : 450

Synopsis : Un classique ! L'un des plus grands romans de la littérature brésilienne du XXe siècle. La folie, l'orgueil macho démesuré, la tristesse, mais aussi la violence et le racisme composent cette grande fresque authentique de la société brésilienne à l'époque de l'esclavage, de l'Abolition, puis des premières années de la République (1850-1910). Crépuscules, roman de la décadence, tourne autour de trois personnages et montre des relations complexes entre maître et esclaves, hommes et femmes, Blancs et Noirs, bandits et gouvernement, tout en gardant une écriture simple et populaire. C'est là la force de José Lins : son contact avec ses racines rurales. Crépuscules, publié en 1943, est le chef d'œuvre qui a consacré José Lins do Rego au Panthéon des lettres brésiennes.

L'auteur : José Lins do Rego (1901-1957) est un écrivain brésilien, considéré comme l'un des pères du courant littéraire brésilien régionaliste. Il a été élu membre de l'Académie brésilienne des lettres le 15 septembre 1955.

La traductrice : Paula Anacaona a fondé les éditions Anacaona fin 2009, par passion pour la littérature brésilienne, trop méconnue, trop peu publiée en France. Elle porte la double casquette d'éditrice et de traductrice – ayant traduit à ce jour, pour les éditions Anacaona et d'autres maisons, plus de cinquante livres. Par ailleurs, elle traduit également de l'anglais pour diverses organisations internationales. Elle passe à l'écriture en 2016 : d'abord avec deux romans jeunesse (publiés aux éditions À dos d'âne, disponibles sur le site : Maria Bonita, une femme parmi les bandits ; et Jorge Amado, sur les terres du cacao), puis écrit une nouvelle, Super-Carioca, publiée dans Je suis Rio.

.....

5

(p. 62-66)

La vieille Sinha ne comprenait pas ce qui arrivait à son mari. Certes, il avait toujours eu une forte personnalité, les mots durs, la tendresse rare. Mais à présent, il avait changé, elle le voyait vociférer, hausser le ton pour un rien, même envers les animaux, même envers les arbres. Pourtant, ne disait-on pas que l'âge adoucissait le cœur des hommes ? Pauvre Marta, son père ne pouvait la voir sans lui dire des mots qui blessaient même les pierres !

Elle, elle n'était qu'un débris humain attendant l'heure de sa mort. Mais elle ne pouvait accepter le sort de sa fille. Qu'avait-elle de moins que les autres ? Elle n'était pas vilaine, elle ne faisait pas honte. Et cependant, jamais un garçon qui l'aurait prise en affection ne s'était présenté. C'était triste, bien triste... Depuis son plus jeune âge, sa fille était calme, réservée – elle avait cru au début que c'était une de ses qualités. Sa commère Adriana avait attiré son attention :

– Commère, ton petit manque de vie...

Elle n'y avait pas accordé d'importance. Une fille était faite pour rester à la maison, être respectée. Et Marta grandit et ne changea pas de caractère. Elle alla à l'école à Pilar, apprit à lire, à bien écrire, à broder, à dessiner un patron, à coudre un habit. Et aucun garçon ne s'arrêtait pour faire un brin de causette. Il y avait des filles plus laides, avec moins de qualités, qui étaient mariées depuis qu'elles en avaient l'âge.

Marta avait désormais plus de trente ans et avait cette nervosité, cette volonté désespérée de pleurer qui lui faisait peur. Sa pauvre fille ! Et par-dessus tout, son père qui ne pouvait même pas la regarder ! Il criait toujours, la réprimandait avec une excessive sévérité.

Qu'arriverait-il à sa fille ! Pourquoi Dieu ne lui avait-il donné un destin moins rude ? pensait la vieille Sinha pendant que, dans son atelier, le maître José Amaro battait la peau.

Ce travail le rendait malade. La couleur de Zéca ne venait pas d'autre chose, elle venait de l'odeur de la peau, de cette vie constante collée au cuir. Elle-même, au début de son mariage, avait beaucoup souffert pour s'habituer à cette odeur dans la maison. Quand son mari s'approchait d'elle, elle était prise de nausées. Enceinte de Marta, comme elle avait souffert pour supporter la compagnie de Zéca ! C'était l'odeur de la peau, cette puanteur insupportable dont il ne pouvait se séparer. Et, finalement, elle s'y était habituée, même si cela lui avait coûté une partie de sa vie. Elle n'avait d'autre choix que de vivre ici.

Dans la maison, préparant le déjeuner, la vieille Sinha ressassait ces pensées. Bien qu'elle essayât de s'en détacher, elles lui rongeaient le cœur, jour après jour.

De temps en temps, le maître s'arrêtait de marteler. La maison tombait dans un silence immobile, sans le grognement des porcs ou le pas des chevaux sur la route. Puis le marteau recommençait son châtement. Pourquoi Zéca avait-il ainsi changé ? Pourquoi sa fille pleurait-elle autant ?

Elle entendait le bonjour des voyageurs qui saluaient son mari. Et elle entendait la réponse âpre de Zéca.

Elle ne lui parlait plus pour ne pas avoir à supporter sa mauvaise humeur. Elle s'arrangeait pour qu'il n'eût pas à parler, sinon il criait.

Marta était partie au fleuve chercher de l'eau. Alors la maison, sans elle, avec seulement son mari qui travaillait, lui sembla vide de tout. Seule sa fille la rattachait au monde. Seule sa fille lui donnait le courage de vivre et de tout supporter, muette, comme une esclave, sans élever la voix, sans jamais donner son avis. Parfois, elle enviait sa commère Adriana qui faisait tout, donnait les ordres qu'elle voulait. Malgré tous ses défauts, le compère Vitorino était humain. Zéca, lui, n'avait pas de cœur, il n'avait pas d'âme ! Depuis qu'elle le connaissait, il était ce bâton de bois, ces paroles pleines de rage.

Et le maître José Amaro avait un avis sur tout, le maître José Amaro savait tout, le maître José Amaro avait tout le temps raison.

Marta arriva, laissa la jarre dans la salle et vint dans la cuisine. Sinha regarda sa fille – maigre, les yeux amorphes et la bouche tordue comme si elle souffrait des entrailles – et sentit que la pauvre dépérissait sans avoir vécu.

– Tu as mal quelque part, petite ?

– Mal où, mère ?

Elle était comme ça, avec sa façon sèche de répondre. Devant son père, elle ne levait pas les yeux. Lorsque Zéca lui criait dessus, elle était comme un agneau, si douce qu'elle ne semblait même pas humaine, mais avec elle, c'était comme si elle lui gardait rancune. C'était le destin, la destinée... Il n'y avait rien à faire contre les desseins de Dieu.

Des bruits de voix résonnèrent au-dehors. Des gens parlaient avec son mari. Elle se rapprocha et reconnut le Nègre Floripès, de Santa Fé.

— Maître José Amaro, mon parrain a appris des choses et il est fâché. Vous savez le cœur qu'il a... On est allé lui dire que vous parliez de la maison de maître. Dona Amélia en a même pleuré.

— Je parle de quoi, Seu Floripès ? Je ne fais que travailler. Ce que je dis, je ne le cache à personne. Je suis sur cette terre depuis toujours et je ne me suis jamais rabaissé devant quelqu'un.

— Ce n'est pas cela, maître. On a raconté à Dona Amélia que vous farcissiez la tête du petit qui vous apportait le plateau du déjeuner, à tel point que le gamin a commencé à parler de Dona Nénem.

— Ce que je dis, je le dis n'importe où, Seu Floripès. Qu'est-ce que le colonel Lula veut de moi ?

— Il ne veut rien. C'est moi qui suis venu vous prévenir.

— Je te remercie, mais laisse-moi te dire une chose, Seu Floripès, avec moi ces histoires d'on-m'a-dit ne prennent pas. Avec moi, c'est le vrai ! Ces ragots, ces jacasseries de femmes ne sont pas pour les hommes comme moi. Je suis chez moi, je travaille, et celui qui veut savoir ce que pense le maître José Amaro, qu'il me le demande et je lui répondrai les yeux dans les yeux ! Bien dans sa gueule ! Tu entends, Seu Floripès ? L'homme que tu vois n'a pas peur des grimaces. Je n'ai peur ni des grands ni des petits. J'ai une femme et une fille. C'est tout ce que j'ai. Mais celui qui veut se frotter au maître José Amaro, qu'il vienne ! Tu entends, Seu.

— Maître, vous vous énervez. Je suis un homme religieux, maître José Amaro.

— Religieux, mon œil ! Je la connais, ta sagesse !

Le maître José Amaro se leva, le canif à la main. Ses yeux jaunes lancèrent des flammes comme ceux d'un chat furieux. Le Nègre Floripès, tétanisé, était incapable de se lever du tabouret.

— Écoute bien, Seu Floripès, si tu es venu dans cette maison avec l'intention de me faire peur, tu peux déguerpir !

— Mais maître, je ne suis pas venu pour cela...

Le Nègre tremblait. La fureur du sellier grandissait.

— Je t'ai dit que tu pouvais partir, le Nègre !

La vieille Sinha apparut :

— Qu'est-ce qui se passe, Zéca ?

— Rien. Je répète toute la journée que personne ne me marchera dessus. Et cet effronté vient me chercher des noises...

Floripès se leva.

— Sinha, votre mari est impossible. Je n'ai rien dit. Je suis seulement venu le mettre au courant.

— Je ne veux pas savoir ce que tu as dit ou pas dit, le Nègre. Je t'ordonne d'aller te faire foutre ! cria le maître, d'une voix tremblante.

Et il s'avança vers le Nègre. Floripès s'enfuit courant, s'éloignant de cette furie déchaînée. De la route, il cria au maître José Amaro :

— Mon parrain saura ce qui s'est passé !

Le maître, assis, était livide. Des gouttes de sueur perlaient sur son visage enflé. Le diable l'avait traversé.

— Femme, apporte-moi un verre d'eau.

Le canari chantait sur la gouttière, dans cette douce matinée de soleil nuageux. Une nuée de tourterelles picorait le gazon. Le bouc était couché sous le pitombeira.

Tout était calme, tout était en paix sauf le cœur du maître José Amaro qui battait, impétueux comme de l'eau furieuse s'échappant d'une digue. Quand sa femme apparut avec le verre d'eau, il lui dit :

— Avant de crever, je vais faire un malheur !

— Ne dis pas une chose pareille, Zéca.

— Ils croient qu'ils peuvent me harceler comme ils harcèlent Vitorino. Ils ont tort ! Personne ne me marche dessus ! Je suis pauvre, mais je suis un homme d'honneur !

Puis, il se tut. Sa femme retourna dans la maison. Le déjeuner crépitait sur le feu.

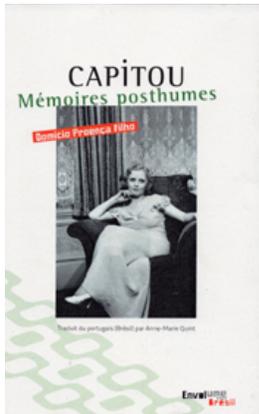
Le maître José Amaro avait un goût amer dans la bouche. Attrapant son marteau, il recommença à travailler avec furie.

Au loin résonna le battement sec du mètre du mercier italien. La vieille Sinha mit la tête à la fenêtre.

— C'est Seu Pascal, l'Italien. J'ai besoin de quelques bobines de fil.

Le mercier ambulancier s'arrêta à la porte, monté sur un cheval chargé de malles de marchandises.

— Comment allez-vous, Seu José ? J'ai de nombreux articles, ce n'était pas chers !



7.

Le livre : Capitou – Mémoires Posthumes

L'auteur : Domício Proença Filho

La traductrice : Anne-Marie Quint

Titre : Capitu – Memórias Póstumas

ISBN : 978-23-71140-51-6

Éditeur : Envolume

Année de publication : 2017

Nombre de pages : 215

Synopsis : Dans cet étonnant récit d'outre-tombe, Capitou, accusée de dissimulation et d'adultère par son mari, nous confie enfin sa propre version des faits : « Il a trop duré le temps où j'ai été jugée sans aucun droit de défense »! Femme contrainte au mutisme depuis plus d'un siècle, ce personnage mythique de Machado de Assis, remis en lumière grâce au talent romanesque de Domício Proença Filho, peut enfin répondre à un réquisitoire accablant. Ce roman fait ainsi résonner une voix audacieuse, nouvelle, aux timbres à la fois classiques et contemporains, ouvrant la voie à tant de personnages féminins murées jusqu'à nos jours dans le silence de nos préjugés.

L'auteur : Domício Proença Filho (Rio de Janeiro, 1936). Professeur émérite de littérature de l'Univerdidade Federal Fluminense, à Rio de Janeiro. Il a travaillé dans de nombreux autres établissements d'enseignement secondaire et supérieur au Brésil et à l'étranger. Il est le cinquième occupant de la chaire 28 de l'Académie brésilienne des lettres.

XXVI

(p. 53-56)

Cette dernière affirmation fut décisive. Le visage de José Dias brilla d'un éclat inédit. Il jeta un bref regard sur la mer et la ligne de l'horizon, en direction de la barre. Bentinho insistait pour obtenir une réponse. Elle vint, révélatrice :

« — Il est bien tard ; mais pour vous prouver que je n'y mets pas de mauvaise volonté, j'en parlerai à votre mère. Je ne promets pas de vaincre, mais de lutter ; je m'y efforcerai de tout cœur. Vraiment, vous ne voulez pas être prêtre ? Le droit, c'est beau, mon cher enfant... Vous pouvez aller à São Paulo ; à Pernambouc, ou encore plus loin. Il y a de bonnes universités de par le monde. Allez vers le droit, si telle est votre vocation. Je vais parler à dona Gloria, mais ne comptez pas seulement sur moi : parlez aussi à votre oncle. Et mieux : ayez aussi recours à Dieu — à Dieu et à la Très Sainte Vierge ».

Bentinho fut le seul à ne pas deviner le mobile du changement radical d'attitude du familial. Si le succès était au bout, il en aurait tout le mérite ; si le plan échouait, c'est que Dieu et la Vierge en auraient décidé ainsi.

Non, je ne suis pas fidèle ; Bentinho pensa bien à Dieu, mais pour en tirer un abus de langage : « Dieu fera ce que vous voudrez, monsieur ». José Dias lui reprocha ce blasphème et se lança dans un discours ambigu où il défendait le droit, mais sans négliger la théologie. Et il confirma ce que je soupçonnais à la suite de ses paroles apparemment neutres : « — Pourquoi n'iriez-vous pas étudier le droit à l'extérieur du pays ? Mieux vaut entrer dans quelques universités et en même temps que vous étudiez, vous voyagez. Nous pouvons y aller ensemble ; nous verrons les pays étrangers, nous entendrons parler anglais, français, italien, espagnol, russe, voire suédois. Dona Gloria ne pourra probablement pas vous accompagner, même si elle le peut et si elle y va, elle ne voudra pas régler les affaires, les papiers, les inscriptions, et s'occuper du logement, et aller avec vous à droite et à gauche... Oh ! le droit, c'est excessivement beau ! »

Et comment ! Tel était le prix à payer. Parfait. Dans tous les détails, il fallait reconnaître que le familial était extrêmement habile.

Bentinho retrouva la tranquillité des ingénus :

« C'est promis. Demandez tout de suite à maman de ne pas me mettre au séminaire ».

José Dias se préparait à se justifier en cas d'échec quelconque du projet, demander n'était pas obtenir, de grâce, que Bentinho ne le surestime pas, mais si le désir de servir donnait le pouvoir de commander, ils seraient déjà à bord, et il s'enthousiasmait, les yeux dans le vague, — Ah. L'Europe ! Vous n'imaginez pas

ce que c'est que l'Europe ! Oh, le pèlerinage des grands restaurants, oh, dîner à la lumière des bougies à la table même où s'est assis Voltaire ! Et les vins, les vins ! Il était si exalté qu'il leva une jambe et fit une pirouette, tournant sur l'autre et levant les bras comme pour embrasser la mer et l'horizon. La scène n'aurait pu être plus ridicule. Il était une de ces personnes qui parlent toujours de retourner en Europe, alors qu'apparemment ils n'y sont jamais allés en réalité. Il avait souvent tenté de convaincre dona Gloria et Me Cosme qu'ils devraient y faire un voyage, que lui s'occuperait de tout ; l'idée d'y accompagner Bentinho le séduisit complètement : « Nous serions à bord, mon jeune ami, nous serions à bord ! »

À toutes fins utiles, à la sortie du parc, Bentinho, non sans quelque hésitation, donna deux sous à un mendiant qui lui demandait l'aumône : — Mon nom est Bento, Bento Santiago, n'oubliez pas, l'informa-t-il, afin que nul doute ne vînt planer sur les desseins divins. Il recherchait l'aval du Ciel ; c'était encore une façon de transférer à autrui la décision d'orienter sa destinée. Cette façon de faire ne me plaisait pas, en tant que passagère de notre barque commune, si un jour, elle venait à être commune, pensais-je ; enfin, nous étions à bord. En train de manœuvrer pour lever l'ancre. Je regardai la mer.

XXVII

Grâce au récit de mon pénible camarade, je continuai la trace des deux joyeux promeneurs. Ils allaient bras dessous, comme père et fils ; José Dias avait changé. Il avait remplacé sa gravité habituelle par une agitation quasi juvénile. Il bougeait, parlait à tort et à travers, de tout et de tous. Ils s'arrêtèrent devant l'affiche du Théâtre São Pedro. On annonçait *Le nouvel Othello*, une comédie de M. Macedo, auteur qui a également écrit un roman que j'ai adoré intitulé *La brunette*¹. Le familier raconta l'intrigue de la pièce, récita quelques monologues. Ils continuèrent leur chemin. Il paya toutes les factures, toucha le loyer des maisons, acheta un vingtième de billet de loterie, non sans force superlative ! Dans la rue de l'Ouidor, ils se permirent un thé rapide dans un élégant salon de thé. Enfin, ils montèrent dans l'omnibus. Tout à coup, l'omnibus et tous les autres véhicules s'arrêtèrent. Une immense voiture passait, dorée, tirée par quatre chevaux, montés par des cochers avec un valet à l'arrière ; c'était l'Empereur² qui venait de l'École de Médecine. Tous les passagers descendirent dans la rue. Les hommes ôtaient respectueusement leur chapeau, les femmes s'inclinaient au passage de Sa Majesté. J'étais désolée de n'avoir pas été présente ; je trouvais qu'il était bel homme, avec cette barbe, cette allure !

Je croyais connaître Bentinho. Mais je n'aurais pas imaginé la fantaisie qui le prit à ce moment-là. Il rêva d'impliquer l'empereur dans notre histoire. Sa Majesté, à

1 Joaquim Manuel de Macedo (1820-1882) fut médecin, journaliste, homme de lettres. Son roman *A Moreninha* [*La brunette*] (1844), est considéré comme le premier roman brésilien du mouvement romantique.

2 Il s'agit de l'empereur dom Pedro II (1825-1891), qui régna sur le Brésil à partir de l'abdication de son père dom Pedro I en 1831, jusqu'au coup d'État républicain du 15 novembre 1889.

sa demande, irait à la maison de Maticavalos. Il demanderait à voir dona Gloria, à la surprise et à la joie de tout le voisinage, plein de curiosité. Notre famille, très honorée, le recevrait. Et dom Pedro demanderait solennellement à sa mère « de ne pas faire de lui un prêtre ». Elle, très flattée, très obéissante, promettrait de se conformer à sa demande, ce n'était pas une demande, c'était un ordre... Et l'empereur proposerait : « — La médecine — pourquoi ne lui faites-vous pas étudier la médecine ? C'est une belle carrière et nous avons ici de bons professeurs. Vous n'êtes jamais allée voir notre École ? C'est une belle École. Nous avons déjà des médecins de premier ordre, qui peuvent rivaliser avec les meilleurs d'autres pays. La médecine est une grande science ; il suffit de rappeler ses buts : rendre la santé à autrui, reconnaître les maladies, les combattre et les vaincre... Vous-même, madame, devez avoir vu des miracles... Votre mari est mort, mais c'était une maladie fatale, et il n'avait pas pris soin de lui... C'est une belle carrière ; envoyez-le à notre École. Faites cela pour moi, n'est-ce pas ? D'accord, Bentinho ? »

Bien qu'en imagination, Bentinho restait fidèle à lui-même.

« — Si maman veut bien... »

J'ai lu cela plus tard dans son récit. Et il a justifié son geste puéril par une de ses nombreuses citations érudites. En l'occurrence, il a évoqué l'Arioste, le poète de la Renaissance italienne. C'était une habitude de son âge adulte. Toujours cautionner ce qu'il disait ou écrivait par une citation ou une référence. Je me souviens qu'un jour, il me lut une pétition qu'il avait rédigée à propos d'une affaire d'héritage ; le texte, de quinze pages, comportait cinquante-deux citations, de tous ordres. Mais bref, il gagna sa cause. Moi, de peur de passer pour ignorante, je ne disais rien, mais franchement, je trouvais cette façon de faire d'une affectation, d'un artificiel...



8.

Le livre : Les Léopards de Kafka

L'auteur : Moacyr Scliar

Le traducteur : Philippe Poncet

Titre : Os Leopardos de Kafka

ISBN : 979-10-97567-01-9

Éditeur : Éditions Folies d'encre

Année de publication : 2017

Nombre de pages : 141

Synopsis : Dans une bourgade juive perdue – comme souvent – Benjamin (dont le père, tailleur, espère que son fils deviendra rabbin) découvre, grâce à son ami lossi, les œuvres de marx, d'Engels et de Trotsky. Ils fondent une cellule révolutionnaire... un jour, lossi disparaît. Lorsqu'il revient, il avoue, à Benjamin, avoir rencontré Trotsky et ce dernier lui a confié une mission. Lossi malade, c'est Benjamin qui part « en mission », avec un peu d'argent, un billet de train, quelques consignes, des documents d'identité et une enveloppe. Et dans l'enveloppe, est mentionné le nom de l'homme qu'il faut rencontrer, un écrivain, ce dernier doit lui donner un texte, un message codé... Benjamin, dit le Raton, qui n'a jamais quitté son village, entame ce voyage aux moult péripéties. Arrivé à Prague, il s'aperçoit, désespéré, qu'il a perdu l'enveloppe. Il part alors à la recherche d'un écrivain dont il ne connaît même par le nom. Un roman-fable humoristique et quasi historique de Moacyr Scliar, le plus new-yorkais des écrivains juifs latino-américains.

L'auteur : Moacyr Scliar (1937-2011) est un écrivain, médecin et journaliste brésilien. Le 31 juillet 2003, Moacyr Scliar est élu à l'Académie brésilienne des lettres. L'œuvre de

Moacyr Scliar est en grande part basée sur l'identité juive, sur la diaspora juive et sur le fait d'être juif au Brésil. Ses livres ont été traduits en 12 langues, ce qui fait de Moacyr Scliar l'un des écrivains brésiliens les plus traduits de sa génération.

2

(p. 51-58)

[...] Il s'éveilla en sursaut. Huit heures ! Comment avait-il pu dormir aussi longtemps ? Il s'habilla à toute vitesse et descendit. Le réceptionniste lisait le journal. Le Raton hésita un instant avant de demander si un message était arrivé pour lui. « Non », répondit l'homme sans même prendre la peine de lever les yeux. Il n'y avait rien d'autre à faire qu'attendre. Le Raton décida de sortir pour se restaurer. La journée serait moins éprouvante avec l'estomac plein. Il prit place à l'intérieur d'un modeste café et commanda un copieux petit-déjeuner, un grand bol de café au lait, des tartines et du beurre. Puis, il retourna à l'hôtel. Cette-fois, l'hôtelier le héla. « On vient de déposer ce pli pour toi. »

En s'emparant de l'enveloppe sur laquelle le nom d'Iossi se détachait en lettres harmonieusement tracées, Le Raton éprouva un léger vertige. À l'intérieur, il y avait le message tant attendu. Autant dire son futur, son destin. Affectant une indifférence calculée, il dit à l'hôtelier qu'il regagnait sa chambre. Son excitation était telle qu'il dut s'y reprendre plusieurs fois avant de glisser sa clé dans la serrure. Après s'être enfermé à double tour, il s'assit sur le lit. Il examina l'enveloppe. La fermeture était à fil, de sorte qu'il n'eut aucun mal à l'ouvrir. Elle contenait un simple feuillet sur lequel figuraient quelques lignes, dactylographiées en allemand. Le feuillet était signé Franz Kafka.

Leoparden in Tempel
Leoparden brechen in den Tempel ein und saufen
die Opferkrüge leer ;
das wiederholt sich immer wieder ;
schlieslich kann man es vorausberechnen, und es
wird ein Teil der Zeremonie.

Le Raton lut et relut le texte, une dizaine de fois. À chaque relecture, son désespoir allait croissant. Pour commencer, il ne parvenait pas à en comprendre l'intégralité ; ses rudiments d'allemand n'y suffisaient pas. Seul le titre était compréhensible, « Les léopards du Temple ». Aussi clair qu'énigmatique. Et maintenant ? Il n'avait aucun

moyen de décoder le texte sans la feuille de papier qu'il avait perdue, celle qui aurait permis, par sélection et ajout de certaines lettres de déchiffrer le message. Toute autre tentative était vouée à l'échec, et cela à cause de son incroyable incompetence.

Il se mit face au miroir fêlé et s'observa. Il s'efforçait de contrôler sa respiration. Du calme, se disait-il, garde ton calme, tâche de réfléchir posément. Il décida de se confronter au problème, étape par étape.

La première étape ? D'abord comprendre ce qui était écrit. Peut-être pouvait-il espérer quelque progrès ? Confronté à un texte qu'il pressentait littéraire, sa médiocre connaissance de l'allemand était un obstacle majeur. Il fallait que quelqu'un le lui traduise en russe, ou mieux, en yiddish. Mais qui ? Le vieillard de la synagogue. Bien sûr ! Ne s'était-il pas vanté d'être polyglotte ? Ne s'était-il pas offert de se tenir à sa disposition ? La traduction lui coûterait probablement un bras, mais cela valait la peine d'essayer. Il décida de se rendre à la synagogue sur-le-champ. Il recopia, toutefois, le message sur une feuille de papier. Il ne pouvait montrer l'original à quiconque, pour une raison simple : il comportait la signature de Kafka. Imprudence qui ne s'expliquait, d'ailleurs, que par un réflexe de vanité si fréquent chez les écrivains, du moins les écrivains bourgeois. En somme, Maître Franz – probablement novice, tout comme Le Raton – avait encore besoin de s'instruire, en matière d'humilité révolutionnaire.

Lorsqu'il parvint à l'Altneu, le vieillard était dans l'atrium, occupé à guider un groupe de touristes américains. S'exprimant en anglais avec un enthousiasme également proportionnel à l'apparente prospérité des visiteurs, il racontait l'histoire du Golem sans faire grâce d'aucun détail. Le Raton dut prendre son mal en patience. La visite terminée, une fois recueillis les remerciements et autres généreux pourboires, le bedeau se tourna vers le Raton, sarcastique.

– Encore toi ? Que me vaut pareil honneur ?

– Je dois te demander une faveur. J'ai besoin d'une traduction en yiddish.

– Je ne suis pas traducteur.

– Je sais bien. Mais tu maîtrises plusieurs langues. Je t'ai même entendu parler anglais, à l'instant.

– Très bien, soupira le vieillard. Du moment que ce n'est pas trop long.

– Non, vois plutôt. Quelques lignes à peine.

Le vieillard lut attentivement.

– Plutôt étrange, ce texte. Le vieillard était perplexe. Qu'est-ce que c'est ? Un casse-tête, une devinette ?

– Exactement, approuva le Raton. Une devinette. Et qui vaut cher. D'après un ami, logé dans le même hôtel que moi, personne n'a réussi à résoudre l'énigme. Alors, j'ai parié que j'y parviendrais. Tu sais bien que nous autres Juifs, nous adorons les jeux de langage.

Le vieillard s'esclaffa. « C'est le moins qu'on puisse dire. Je vais t'aider, à une condition. Si tu gagnes ton pan, je veux ma part. » Il traduisit le contenu du message en yiddish.

Des léopards s'introduisent dans le temple
et s'abreuvent aux jarres d'offrande qu'ils vident ;

le phénomène ne cesse de se répéter ;
il finit par devenir prévisible
et on l'intègre à la cérémonie

Eh bien ? dit le vieillard. Sais-tu ce dont il est question ?

— Aucune idée. Et toi ?

— Moi ? Comment le pourrais-je ? Si je dominais la Kabbale aussi bien que le rabbin Judah Loew ben Bezalel, je pourrais t'éclairer. Les kabbalistes, eux, sont capables de décrypter des significations cachées. Je ne suis qu'un bedeau, cultivé polyglotte, mais néanmoins conscient de ses limites. Il faudrait faire appel à quelqu'un qui saurait élucider tout ceci.

— Qui, d'après toi ?

— Je ne sais pas dit le vieux. Freud pourrait sans doute éclairer ta lanterne. Puisqu'il sait interpréter les rêves, il serait aussi à même d'interpréter ce qui s'apparente à un cauchemar (il émit un petit rire sec). Hélas, Freud vit loin d'ici, à Vienne. En vérité, je ne vous pas qui pourrait t'aider.

— Je comprends, dit le Raton, résigné. De toute façon, je te remercie.

Le Raton revint à l'hôtel. L'homme de la réception persifla. « Tu sembles bien soucieux. Apparemment, tes problèmes restent insolubles. Tu n'as plus que six jours. Le temps passe vite. Souviens-t'en. »

Le Raton gravit les marches, pénétra dans sa chambre et verrouilla la porte. Il ne voulait pas céder au découragement. Au fond, il avait surmonté plusieurs épreuves, d'abord le trajet jusqu'à Prague, ensuite la récupération du message. Il est vrai qu'il ne possédait plus le code qui lui aurait permis de le déchiffrer. Ne restait d'autre alternative que d'en découvrir lui-même la clé. Il retira de sa valise son petit carnet ainsi qu'un crayon, puis il écrivit en yiddish le texte correspondant à la traduction du bedeu. Il le lut de nouveau. Après quoi, il le compara au texte de Kafka jusqu'à ce qu'il fût certain de comprendre, mot par mot, ce qui avait été rédigé en allemand. Comprendait-il ? Voire. Ce Kafka était ardu. S'il avait pu, le Raton lui aurait téléphoné pour se plaindre. « Désolé, camarade Kafka, je ne comprends rien à ce que tu écris. Ton texte marquera sans doute une nouvelle étape dans la création littéraire, inaccessible au commun des mortels, mais dans ce cas, laisse-moi te poser cette question, camarade : peut-on qualifier de révolutionnaire ce qui échappe à l'entendement général ? Considère mon cas personnel. Pour quelle raison, bien que n'étant pas un intellectuel, juste une humble créature, un petit paysan juif qui croit à la révolution comme le moyen de changer sa propre vie et celle d'autrui, pour quelle raison n'aurais-je pas accès à des textes porteurs d'un message progressiste ? Les petits juifs paysans sont eux aussi des êtres sensés, camarade, eux aussi ont besoin de livres. Alors, fais ton autocritique et penses-y, la prochaine fois que tu écriras un fichu texte comme celui de tes Léopards du Temple. »

Ce qu'il aurait dû faire maintenant - si toutefois il n'avait pas perdu sa musette - consisterait à superposer *Leoparden in Tempel* au feuillet-décodeur. Les coupes isoleraient certains mots du texte original lesquels, couplés à d'autres mots du feuillet, révéleraient le message en bonne et due forme. Faute de code, comment procéder ?

Un point de départ consistait à détecter des mots clés d'une action révolutionnaire. Ce qui ne pouvait être le cas d'un verbe tel que « s'introduisent », car il n'indiquait aucune direction, nul objectif précis. S'introduisent depuis où, quand, comment, pourquoi ? Bien qu'il aimât ce mot qui lui semblait audacieux, révolutionnaire, il devait reconnaître que pris isolément' il n'avait aucun sens. Idem pour le réactionnaire « se répéter ». Mieux valait se concentrer sur les substantifs, accompagnés ou non d'adjectifs. Les léopards. Il fallait commencer par le commencement.

Le Raton n'avait encore jamais vu de léopard. Ni aucun autre animal féroce comme le tigre, le lion, la panthère. Ni même le moindre loup, pourtant redouté des voyageurs et fréquemment mentionné dans les palabres du village. Sa connaissance des bêtes sauvages se bornait aux illustrations du *Voyage en Afrique*, un ancien album de jeunesse imprimé en Russie. Il se souvenait nettement de l'une des gravures qui représentait plusieurs félins. Lequel était un léopard ? Sûrement pas celui avec la crinière. Pas davantage la panthère, reconnaissable à sa robe noire. Après tout, identifier un léopard restait secondaire. Il fallait d'abord découvrir en quoi des léopards – pouvaient-ils s'impliquer dans une action révolutionnaire. Le Raton n'en avait pas la moindre idée. Fallait-il s'en prendre à des léopards ? Mais où ? Dans un zoo, pour autant qu'il en existe un à Prague ? Dans quel but ?

Au fond, qu'est-ce que Trotsky avait contre les léopards ?

Sans doute fallait-il interpréter la chose de façon symbolique. Le léopard est une bête féroce. Bien. Les capitalistes sont féroces dans leur soif de profit, les habiletés à exploiter le prolétariat. Tuer un léopard dans un zoo pouvait être une façon d'avertir les capitalistes praguais que leur sort était scellé. Toutefois supputait le Raton, les ouvriers étaient féroces eux aussi, lorsqu'ils revendiquaient ou déclenchaient une grève. Comment différencier la férocité des uns et des autres ? En vertu de quel raisonnement pouvait-on différencier la férocité progressiste de la férocité réactionnaire ? Faudrait-il laisser près du léopard sacrifier un message expliquant que le meurtre exemplaire de l'animal constituait une mise en garde envers les possédants ?

Il ne s'agissait peut-être pas de léopards en chair et en os. « Léopards du temple » pouvait être une formule codée (certes déconcertante, mais l'insolite n'était-il pas d'essence révolutionnaire ?), utilisée par un groupuscule trotskiste praguais, lequel appuierait sa mission. En définitive, Kafka disait qu'ils s'introduisaient dans un temple, ce que la révolution ferait de toute évidence. En ce sens ils coïncidaient parfaitement avec la marche inexorable de l'histoire. En revanche, la suite du texte amoindrissait légèrement, ou plutôt anéantissait totalement la logique du raisonnement. Car, de fait, les léopards investissaient le temple non pas pour le détruire non pas pour en chasser les marchands d'opium, prêtres, pasteurs ou rabbins. Ils le faisaient pour boire le contenu de vases sacrificiels. Pour quelle raison ?



9.

Le livre : Sainte Caboche

L'auteur : Socorro Acioli

Le traducteur : Régis de Sá Moreira

Titre : A Cabeça do Santo

ISBN : 979-10-95604-01-3

Éditeur : Belleville Éditions

Année de publication : 2017

Nombre de pages : 240

Synopsis : Après avoir parcouru pendant seize jours et seize nuits les paysages hostiles du Nordeste brésilien, Samuel trouve refuge dans une grotte à l'étrange forme de tête. L'endroit parfait pour s'installer paisiblement à l'abri des regards ! Mais il se rend vite compte que, depuis son nouveau repaire, il entend les prières d'amour que les villageoises adressent à saint Antoine. Voilà l'occasion de s'occuper un peu...

Le faiseur de miracles est bientôt célébré dans toute la région. Il a, paraît-il, apporté l'amour à de nombreuses femmes désespérées. Seulement parfois, gloire rime avec déboires. Et Samuel le prophète se retrouve au cœur d'histoires plus compliquées que sa nouvelle vocation ne le laissait prévoir.

L'auteur : Socorro Acioli (Fortaleza, 1975) est un journaliste et écrivain brésilien, titulaire d'un doctorat en études littéraires de l'Université fédérale Fluminense (2010). En 2013, Socorro a remporté le prix Jabuti, dans la catégorie enfants. En 2016, la version américaine

de Sainte Caboche a été élue l'un des meilleurs livres pour adolescents par la New York Public Library et figurait parmi les finalistes des Los Angeles Times Book Prizes.

Le traducteur : Régis de Sá Moreira (1973) est un écrivain français. Il est le fils d'un Brésilien et d'une Française et a grandi dans la patrie de sa mère. Après avoir vécu un peu à São Paulo et à New York, depuis 2010 il vit de nouveau à Paris en tant qu'écrivain indépendant.

CASABLANCA

(p. 119-122)

Un cinéma à Candeia. Rien à voir avec des rituels macabres ou de la sorcellerie. La salle était peinte en noir pour assurer la bonne visibilité de l'écran.

L'inauguration était prévue au cours de la semaine. Il fallait encore installer les sièges, tester le projecteur, attendre que les pellicules arrivent. Le premier jour, les séances seraient gratuites en vue d'attirer la clientèle. Dans la région, peu de gens savaient ce qu'était un cinéma.

Aécio Diniz ne perdit pas de temps : il alla rencontrer le couple de propriétaires et conclut un partenariat dans lequel il s'engageait à promouvoir le Ciné Rex dans ses émissions de radio, en échange d'entrées gratuites à faire gagner aux auditeurs pour chaque séance.

Trois films par jour seraient proposés, pour trois publics différents : enfants, jeunes et adultes. En dépit de plusieurs requêtes effrontées et de quelques courriers anonymes, les propriétaires établirent d'entrée que le Ciné Rex resterait un établissement familial et ne présenterait pas de films pornographiques.

Le jour de l'inauguration, la file était immense. La salle de spectacle était prête, mais un grave problème demeurait : les films n'étaient pas arrivés. Ary et Thelma, les patrons, expliquèrent de leur mieux que l'ouverture du Ciné Rex avec sa programmation multiple devait être reportée. Si on maintenait l'événement, ils seraient obligés de passer trois fois le même film, la seule bobine qu'ils avaient prise avec eux pour tester le matériel.

— Qu'importe ! dit Madeinusa, venue spécialement pour l'occasion. Quel est le titre du film ?

— Casablanca, répondit Thelma, qui tomba d'accord avec la jeune femme. C'était son film préféré.

C'est ainsi que de neuf heures du matin à huit heures du soir, la population de Candeia fut transportée au Maroc, et que des hommes et des femmes de tous âges sortirent de la salle de cinéma en versant des larmes sur l'histoire d'amour de Rick et Ilsa.

Candeia devint la capitale mondiale du romantisme, des mariages d'amour et des couples éperdus de passion. L'agenda du père Zacarias ne lui laissait pas le temps de respirer. Riches, pauvres, habitants d'autres États et même de l'étranger venaient à Candeia pour se marier.

Lorsque les nouveaux films finirent par arriver, le Ciné Rex ne fut pas assez grand pour accueillir tous les spectateurs. Malgré les nouvelles sorties, le public demanda à qu'on maintienne un minimum d'une séance Casablanca un jour sur deux. Ary avait passé sa vie à attendre le moment où il prendrait sa retraite de fonctionnaire voué entièrement au cinéma, la seconde grande passion de sa vie. La première était Thelma, son épouse et unique amour. Tous deux se partageaient efficacement les tâches. Ary s'occupait de la programmation et de la billetterie. Thelma s'occupait de la cafétéria « Chez Thelma ». Ses plats étaient à eux seuls un spectacle et grâce à elle, les habitants découvrirent une recette italienne qui enfiévrâ bientôt toute la ville : les lasagnes de Thelminha.

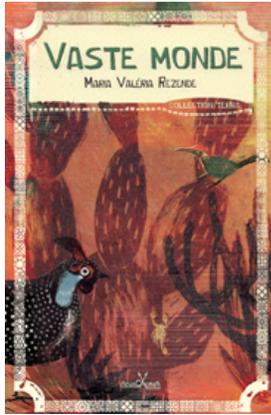
Le seul problème du Ciné Rex, c'était qu'Ary s'enflammait quelquefois dans des discussions au point d'oublier de faire payer les entrées. Et que Thelma avait un tel amour pour les films qu'il lui arrivait de se faufiler en cachette dans la salle et de laisser ses lasagnes brûlées. À ces deux exceptions près, le Ciné Rex fonctionnait à merveille.

La naissance d'un cinéma dans la région constituait la deuxième nouvelle la plus spectaculaire du moment, qui fut répandue aux quatre vents par la voix de velours d'Aécio Diniz. Les affaires de l'animateur lui rapportaient tellement d'argent qu'il acheta une part de la radio de Canindé et commença à transmettre les nouvelles dans un périmètre plus important. C'est ainsi qu'un journaliste de la capitale entendit parler de la tête du saint, du faiseur de miracles, des mariages, du cinéma, et de la résurrection de Candeia.

Ce journaliste s'appelait Tulio, il était connu pour son flair de détective et ses reportages qui ne laissaient aucune gestion sans réponse. Quand il entendit l'histoire de la tête saint Antoine, Tulio fut intrigué par cette énigme qui n'intéressait plus personne : pourquoi l'erreur n'avait-elle jamais été réparée ? Pourquoi la municipalité n'avait-elle cherché aucune alternative à la misère et l'abandon ?

Au cours de ses premiers jours à Candeia Tulio circula anonymement, comme un simple badaud. Il logea à la maison de dona Rosa et malgré les grognements de son mari moribond, il découvrit que l'extraordinaire mémoire de la vieille femme renfermait les archives de la ville. D'elle, il apprit bien davantage que ce dont il avait besoin pour démarrer son enquête.

Le flair de Tulio ne ratait jamais : il y avait quelque chose de pourri dans le passé de Candeia. Et les gens devaient être mis au courant.



10.

Le livre : Vaste Monde

L'auteur : Maria Valéria Rezende

La traductrice : Paula Anacaona

L'illustrateur : Maurício Negro

Titre : Vasto Mundo

ISBN : 978-29-18799-86-3

Éditeur : Éditions Anacaona

Année de publication : 2017

Nombre de pages : 168

Synopsis : Dans ce village fictif du Nordeste brésilien, la vie suit son cours sans grande turbulence. Mais dans ce trou perdu habitent des femmes à poigne, des poètes, des tuteurs à gages, des jeunes rêveurs et des prêtres progressistes qui retroussent la soutane dans les luttes agraires. Comme le monde de ce petit village est vaste ! Avec un regard généreux et tendre, dans une langue simple et savoureuse, voici l'histoire d'une terre, mythique et mystique, dont la richesse se dévoile à chaque page.

L'auteur : Maria Valéria Rezende (1941) faisait partie de la direction nationale de la Jeunesse étudiante catholique et, après le coup d'État de 1964, elle a abrité dans sa maison des militants qui luttaient contre le régime militaire. Elle a rejoint la Congrégation de Notre-Dame – Chanoines de Saint-Augustin en 1965. Elle a fait ses débuts dans la littérature en 2001, avec le livre Vasto Mundo. Elle a remporté le prix Jabuti 2009 dans la catégorie littérature pour enfants. En janvier 2017, elle a reçu le prix Casa de

las Américas pour son livre *Outros Cantos* et, pour le même roman, elle a remporté le prix de littérature de São Paulo et la troisième place du prix Jabuti en novembre 2017.

La traductrice : Paula Anacaona a fondé les éditions Anacaona fin 2009, par passion pour la littérature brésilienne, trop méconnue, trop peu publiée en France. Elle porte la double casquette d'éditrice et de traductrice – ayant traduit à ce jour, pour les éditions Anacaona et d'autres maisons, plus de cinquante livres. Par ailleurs, elle traduit également de l'anglais pour diverses organisations internationales. Elle passe à l'écriture en 2016 : d'abord avec deux romans jeunesse (publiés aux éditions À dos d'âne, disponibles sur le site : *Maria Bonita, une femme parmi les bandits* ; et *Jorge Amado, sur les terres du cacao*), puis écrit une nouvelle, *Super-Carioca*, publiée dans *Je suis Rio*.

UN AMOUR D'UN AUTRE MONDE

(p. 55-58)

Devair aimait Josinéide d'un amour désespéré. Il savait bien qu'il n'avait pas la moindre chance de recevoir, un jour, ne serait-ce qu'un regard de sa part. Cette certitude venait de ce que toutes les jeunes filles de Farinhada savaient, et par conséquent, tous les garçons aussi : Josinéide attendait l'homme qui lui avait été promis, beau, blond, galant et *docteur*, originaire de terres lointaines. Même les autres jeunes hommes, plus beaux garçons, plus courageux et respectés que Devair, ne méritaient pas les soupirs de Josinéide. Sur la petite place de l'église où se déroulaient les rites de séduction et les conquêtes amoureuses de Farinhada, la jeune fille déambulait, intrépide, certaine de son destin supérieur.

Devair ne correspondait en rien aux attentes de sa bien-aimée. - Brun à la peau mate, comme quasiment tout le monde ici, très grand et excessivement maigre, il avait un problème d'élocution, des yeux de poisson crevé et une timidité maladive : il rougissait et transpirait abondamment dès qu'une jeune fille s'adressait à lui. En outre, c'était mal parti pour qu'il devienne un docteur diplômé. Son futur était tout tracé : il serait peintre en bâtiment, et rien d'autre. Un excellent peintre, néanmoins, capable de créer les plus inventives et harmonieuses combinaisons de couleurs, et de donner aux façades de Farinhada cet air enchanteur particulier. Il était très soigneux, jamais un coup de pinceau qui débordait, occasionnellement une goutte de peinture qui tombait. Préa, qu'on appelait toujours pour faire le ménage ensuite, avait rarement de quoi faire et ces quelques pièces données par Devair étaient pour

lui l'argent le plus facile à gagner. Lorsque Devair avait fini de travailler, tout était propre et parfait comme si la maisonnette avait éternellement porté ces couleurs.

Il était connu dans toute la région, et on l'avait même appelé pour repeindre la façade baroque compliquée de l'église matrice d'Itapagi. Il fut couvert d'éloges par les fonctionnaires des Monuments historiques. Oui, Devair avait un futur... comme peintre en bâtiment.

Jamais Josinéide ne regardera Devair. Ce serait trahir le destin qui lui avait été révélé depuis l'au-delà. Depuis plusieurs années, depuis qu'elle avait perdu tout intérêt pour les poupées en tissu, la dinette en terre cuite et qu'elle avait commencé à penser à l'amour, alors qu'elle faisait ses vœux lors des vêpres de Saint-Antoine et de Saint-Jean, les résultats se répétaient infailliblement : l'homme de sa vie serait blond, beau, docteur diplômé et étranger. Elle avait vu un nombre incalculable de fois le visage de son futur fiancé se refléter dans l'eau claire d'une bassine, à la lumière du feu de camp, dans le dessin formé par les blancs d'œufs laissés dehors toute la nuit pour prendre le serein, et les entailles qu'elle faisait, année après année, dans le tronc du bananier laissaient, le lendemain matin, des arabesques écrivant, clairement et invariablement, docteur. Pour en être bien sûre, Josinéide avait dernièrement recouru à des rites plus modernes, non encore reconnus par la tradition mais recommandés par une cousine qui habitait dans la capitale de l'État : elles' enfermait dans une chambre obscure, la veille de la Saint-Antoine, et regardait à travers ces petites jumelles en plastique vendues sur les marchés. Dans l'obscurité, malgré la lentille trouble, brillait le visage du garçon blond inconnu.

Il y avait les prédictions des Tziganes qui avaient lu les lignes de sa main, il y avait les rêves fréquents où il lui apparaissait dans un paysage ensoleillé, venant de très loin, souriant et lui offrant un bouquet de fleurs. Et, si quelqu'un doutait encore, pour appuyer définitivement ses paroles, il y avait le signe ultime : la vision de l'élu ne lui était pas seulement apparue lors de prédictions ou de rêves, en plein sommeil, mais en pleine conscience, pendant la messe, à l'église matrice d'Itapagi, après avoir communié des mains de - rien que lui ! - le saint frère Damien, faiseur de miracles incontesté. Tandis qu'elle contemplait avec piété la statue de saint Michel l'Archange, elle la vit se transformer peu à peu en l'image de son amour annoncé.

Pourtant, en juin de chaque année, le père Franz répétait que les faits de prédictions et les superstitions étaient des bêtises et des illusions. Mais cela ne servait à rien.

Josinéide le savait, sans l'ombre d'un doute : elle vivrait une histoire d'amour encore plus passionnelle et éternelle que celles racontées dans les téléromans. Jamais elle n'y renoncerait en échange d'un amour moindre avec un garçon pâlot de Farinhada et d'une vie fade de femme mariée, sans aucun romantisme pour attendrir la dureté de cette existence de pauvre, une fois finies la lune de miel et les galanteries des hommes qui devenaient alors des maris comme tous les autres.

Devair savait tout cela, mais avait du mal à abandonner l'idée de conquérir le cœur de sa bien-aimée. Ce ne pouvait être qu'elle, et si ce n'était pas elle ; personne d'autre. L'amour de Devair était absolu. Sa timidité, néanmoins, réduisait comme

peau de chagrin ses possibilités de succès, puisqu'il n'aurait jamais le courage de l'aborder sans avoir le talent requis pour lui lancer les appâts subtils de la séduction...

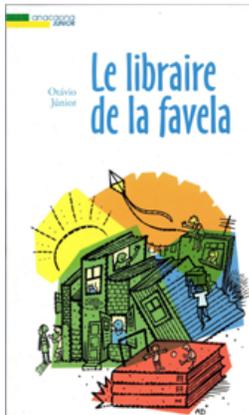
Il savait que son seul charme, s'il en avait un, ne pouvait qu'être celui de son art. La familiarité du garçon avec les couleurs et les pinceaux allait bien au-delà des brosses et de la chaux. Par profession, il peignait les murs ; par dévotion, il peignait les statues.

Il avait commencé par rénover, à la demande du père Franz, les couleurs délavées des statues de la petite église de Farinhada et tous les anciens furent d'accord pour dire qu'elles étaient beaucoup plus belles maintenant que lorsqu'elles étaient neuves. Devair ne voulut pas être payé pour ce travail, cela lui semblait un péché que de gagner de l'argent avec des choses sacrées.

Dès lors, il revêtit de nouvelles couleurs une infinité de saints : des petites saintes minuscules, souvenirs de première communion, aux grandes statues des saints patrons des églises de la région. Il n'acceptait jamais d'argent, travaillant par pure dévotion et parce qu'il attendait du saint ou de la sainte en question une aide dans son histoire d'amour, quelle qu'elle soit.

Peu à peu, il se libéra de la fidélité aux couleurs originales et créa un style particulier qui rendait les statues qui passaient entre ses mains reconnaissables entre mille. Il fit des recherches sur les pigments, inventa des couleurs jamais vues. La nuit, il capturait des vers luisants et les ajoutait dans ses mélanges, rendant ainsi les auréoles au-dessus des têtes et les étoiles sur les mantes étrangement phosphorescentes dans l'obscurité.

On racontait que les statues de Devair avaient déjà fait pleurer un tueur à gages comme un gamin, qu'elles avaient convaincu une femme de mœurs faciles à changer de vie, et qu'elles avaient fait revenir à la foi de nombreux mécréants. C'est pour cela que le peintre croyait que la beauté de son art pourrait, un jour peut-être, conquérir Josinéide.



11.

Le livre : Le Libraire de la Favela

L'auteur : Otávio Júnior

La traductrice : Paula Anacaona

Titre : O livreiro do Alemão

ISBN : 978-29-18799-88-7

Éditeur : Éditions Anacaona

Année de publication : 2017

Nombre de pages : 92

Synopsis : Habitant l'une des favelas les plus violentes de Rio de Janeiro, l'auteur, une fois adolescent, se donne pour mission de faire naître et grandir chez chacun de ses voisins l'amour des livres. Il crée des projets d'initiation à la lecture pour les enfants, et devient le premier libraire-bibliothécaire ambulant de sa favela. Ce récit est un témoignage plein d'espoir d'un guerrier qui n'a jamais baissé les bras et a toujours cherché à améliorer son quotidien – et surtout celui des autres.

L'auteur : Otávio Júnior (Rio de Janeiro, 1983) est un écrivain, acteur, conteur et producteur de théâtre brésilien qui s'est fait connaître pour avoir ouvert la première bibliothèque dans les favelas du Complexo do Alemão et du Complexo da Penha, dans l'État de Rio de Janeiro.

LE JARDIN SECRET

(p. 22-27)

Les séries télé, le football, le graffiti, les billes, la toupie... Tout cela n'empiétait pas sur l'espace que les livres commençaient à prendre dans ma vie.

Au collège, j'ai eu une professeure merveilleuse que je remercie : madame Maria-Luiza Cunha. Petite, un peu forte, les cheveux blonds coupés court et des lunettes. Elle était très exigeante. Son objectif était que nous soyons tous admis à l'École militaire ou à Pedro II, les deux meilleurs lycées publics de Rio de Janeiro.

Malgré mes bonnes notes – sauf en mathématiques – elle a été très sévère avec moi au début. Mais je sais aujourd'hui que c'était pour mon bien.

Un jour, elle a annoncé : « Aujourd'hui, nous allons à la bibliothèque ». Nous sommes allés dans la salle qui jouxtait le réfectoire, près de la cour. La bibliothèque était petite, il n'y avait qu'une table et quelques dizaines de vieux livres négligemment posés sur des étagères en fer. À trente élèves là-de-dans, nous étions serrés comme des sardines.

Cette après-midi-là, elle nous avait réservé une surprise : la projection du film *Le jardin secret*. Certains élèves ont détesté, mais moi, j'ai été émerveillé par ce film. J'ai pleuré pendant la scène où le jardin renaît...

Peu à peu, la maîtresse a réalisé que j'adorais lire et m'a encouragé comme personne. J'étais le seul élève qui avait l'autorisation d'emporter deux livres chez lui !

J'ai donc continué à lire comme un ogre. À force, j'ai eu envie d'être écrivain moi aussi. Et j'étais persuadé que le fait que je sois né le 26 juillet, le lendemain de la Journée nationale des écrivains, n'était pas une coïncidence !

*

Un jour – je me souviens bien, je venais de terminer *Les énigmes des chimpanzés* – j'ai noté l'adresse de la maison d'édition et j'ai envoyé une lettre à l'auteur, Rogério Andrade Barbosa. Pour être franc, j'en ai envoyé trois. Il ne m'a jamais répondu. Alors, j'ai cherché son adresse dans l'annuaire.

J'ai vu qu'il habitait dans le quartier de Gloria, en centre-ville. J'ai pris mon courage à deux mains et j'ai été sonner chez lui.

Je suppose que j'étais à la recherche d'un maître...

Je me suis présenté comme « Otavio, aspirant-écrivain ». Rogério m'a reçu gentiment. Nous avons discuté pendant deux heures dans son salon. Je lui ai parlé de mes trois lettres restées sans réponse, et il m'a montré la pile de courrier qu'il recevait toutes les semaines – et une des miennes était là, en effet.

Je lui ai montré quelques rédactions et dissertations que j'avais faites à l'école. Rogério a été très sincère. Il m'a dit qu'elles avaient, selon ses mots, un « regard enfantin ». Selon lui, il était encore trop tôt pour tenter une carrière d'écrivain.

Aujourd'hui, alors que Rogério est devenu un ami et mon « conseiller littéraire », je comprends ce qu'il a voulu dire. Mais, sur le moment, je ne voulais entendre que des paroles d'encouragement. Rien ne pourrait se mettre en travers de mon chemin : je serai écrivain.

Cependant, c'est à cette époque que mon père a eu des problèmes et que toute la famille a dû se serrer les coudes pour l'aider...

DANS LA RUE

Mon père s'appelle aussi Otavio, c'est pour cela que je m'appelle Otavio Junior. Il a toujours été un homme exemplaire, nous donnant amour, affection, attention. Il travaillait comme ouvrier métallurgiste dans une entreprise de pièces détachées pour pick-up.

Les week-ends, pour arrondir les fins de mois, il travaillait comme maçon ou peintre en bâtiment. Je l'accompagnais souvent pour lui servir d'assistant – mais il finissait toujours par me gronder parce que je restais accroupi à lire les journaux posés par terre pour protéger le sol de la peinture, et que j'oubliais ce que je devais faire. Mais j'étais content à la fin de la journée, car j'avais gagné un peu d'argent de poche.

Le week-end, il buvait quelques bières et un verre de cachaça³ au bar. Moi, j'avais droit à un beignet et un soda.

Ce fut très douloureux pour nous de le voir boire de plus en plus, puis tous les jours. Mon père était devenu alcoolique.

J'ai vécu des journées cauchemardesques. À onze heures ou minuit, nous devions aller le chercher au fond des bars et le traîner jusqu'à la maison. Il nous agressait verbalement et physiquement, ma mère et moi. Il m'ordonnait de jeter tous les livres que j'avais accumulés, mon trésor ! Ma sœur était la seule personne qui arrivait à le calmer.

Alors, par réaction, j'ai commencé à tout faire pour éviter d'être à la maison. Je partais à huit heures du matin pour l'entraînement de football, puis j'enchaînais sur l'école, et j'essayais de rentrer le plus tard possible.

La violence domestique est la principale raison qui pousse les enfants dans la rue. J'ai eu beaucoup d'amis dans cette situation : quand ils se font frapper chez eux, ils préfèrent rester le plus loin possible de leur foyer. Ils alternent les périodes à l'école avec les périodes dans la rue. Puis, ils abandonnent l'école et restent seulement dans la rue.

³ Alcool le plus populaire au Brésil, fabriqué à partir de la canne à sucre, qui ressemble au rhum.

Ils deviennent des proies faciles, d'autant plus en cas d'absence de figure paternelle.

J'aurais pu être moi aussi dans ce cas-là. Pour ne pas voir mon père saoul, je cherchais refuge dans les bibliothèques, les librairies d'occasion, les librairies. J'aimais bien aller au musée de la République, où je pouvais rester des heures dans les jardins du palais, à lire des livres ou à écrire.

Ce fut une période très triste. Nous n'avions plus que le strict minimum pour vivre.

La période entre mes 12 et 18 ans a sûrement été la plus difficile de ma vie.

*

Heureusement, ma mère n'a jamais baissé les bras et s'est toujours battue pour sa famille.

ITALIANO



12.

Il Libro: Existe um Mundo a Venire? Saggio Sulle Paure dela Fine

Gli autori: Déborah Danowski, Eduardo Viveiros de Castro

Gli traduttori: Alessandro Lucera e Alessandro Palmieri

Titolo: Há Mundo por Vir? Ensaio Sobre os Medos e os Fins

ISBN: 978-88-74526-49-9

Editore: Edizioni Nottetempo

Anno di pubblicazione: 2017

Numero di pagine: 289

Sinossi: I cambiamenti climatici e le estinzioni biologiche sono solo alcuni dei parametri che oggi stanno andando fuori scala, mettendo in scacco l'umanità e determinando una proliferazione discorsiva senza precedenti intorno all'idea dela "fine": dal pensiero all'espressione artistica, una fioritura disforica di mitologie dell'Apocalisse infrange ogni ottimismo umanista e prometeismo dello sviluppo. Ma, nonostante illustri il punto definitivamente critico dela storia dela Terra cui siamo arrivati, questo non è um libro apocalittico: a ispirarlo è piuttosto la spinta alla rifondazione di un futuro "altro" per tutta la catena dele exixtenze che compongono il pianeta. Che cosa si può opporre a

questa virata verso il declino, per non restare “sanza mondo”? Evocando la *cosmopolitica* degli índios amazzonici, basata su un’inesauribile diplomazia dei rapporti com’”arena Internazionale” dell’ambiente in cui vivono, gli autori rovesciano la questione in vista di una possibile *resistenza*: “Parlare dela fine del mondo non significa parlare dela necessità di immaginare um *nuovo mondo* al posto di quello presente, ma um *nuovo popolo*: il popolo che manca. Um popolo che crede nel mondo e che lo dovrà creare com ciò che gli lasciamo di esso”.

Recensioni: “Un libro appassionato e profondamente intelligente, in cui la fine del tempo è uma fronteira, non um destino” – Donna Haraway.

“Il libro inizia dall’único punto in cui è possibile iniziare – la fine, lasciandoci alle spalle molto di ciò in cui credevamo” – Bruno Latour.

Gli autori: Déborah Danowski insegna Filosofia alla Pontificia Universidade Católica di Rio de Janeiro ed è ricercatrice al Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico del Brasile. Tra i suoi interessi di ricerca ci sono la metafisica moderna e il pensiero ecológico.

Eduardo Viveiros de Castro, uno dei piú innovativi antropologi contemporanei, há insegnato a Cambridge, Chicago, São Paulo ed è attualmente docente di Antropologia sociale all’Università di Rio de Janeiro. Tra le sue opere: *Cosmological Perspectivism in Amazonia and Elsewhere* (1998,2012) e *Métaphisiques cannibales* (2009).

|||||

(CAP. 1)

E quale rozza bestia...
E quale rozza bestia, giunto infine Usuo tempo, st lascia verso Betlemme per
esser partorita?
W.B. Yeats¹

La fine del mondo è un terna apparentemente sconfinato – perlomeno, è chiaro, fino a che non accade. Il registro etnografico restituisce una varietà di modi in cui le culture umane hanno immaginato la disarticolazione dei cardini spazio-temporali della storia. Alcune di queste concezioni sembrano aver riguadagnato nuova vita a partire dagli anni '90 del secolo scorso,

¹ “And what rought beast, its hour come round at last,/ Slouches towards Bethlehem to be born?” sono i due ultimi versi della celebre poesia di W. B. Yeats *La seconda venuta* (1919). [N.T.: la traduzione utilizzata è tratta da William Butler Yeats, *Poesie*, a cura di Roberto Sanesi, Mondadori, Milano 1974.]

quando si è formato un consenso scientifico sulle trasformazioni in corso nel regime termodinamico del pianeta. I materiali e le analisi sulle cause (antropiche) e le conseguenze (catastrofiche) della “crisi” planetaria si accumulano con estrema rapidità, mobilitando sia la percezione popolare, debitamente influenzata dai media, sia la riflessione accademica.

Mentre la gravità dell'attuale crisi ambientale e della civiltà si fa via via più evidente², intorno a questa antichissima idea, che per semplificare ciò che questo saggio intende in parte complicare chiameremo “la fine del mondo”, proliferano nuove variazioni e se ne aggiornano di vecchie. Su questo tema esistono blockbusters di genere fantascientifico³, docu-fiction di History Channel, libri di divulgazione scientifica con vari livelli di complessità, videogiochi, opere musicali e artistiche, blog rappresentativi di ogni sorta di ideologia congressi scientifici, riviste accademiche e reti di informazione specializzate, rapporti e dichiarazioni di organizzazioni mondiali tra le più diverse, summit sul clima invariabilmente frustranti simposi di teologia e pronunciamenti papali, saggi di filosofia, cerimonie new age e di altri movimenti neopagani, un numero esponenzialmente crescente di manifesti politici - ogni genere di testi, contesti, strumenti, oratori e tipi di pubblico. La presenza di questo tema nella cultura contemporanea si è intensificata sempre più rapidamente, così come ciò a cui si riferisce, ovvero il moltiplicarsi dei mutamenti del macro-ambiente terrestre.

Tutta questa fioritura disforica va controcorrente rispetto all'ottimismo “umanista” che predomina nella storia dell'occidente da tre o quattro secoli a questa parte. Annuncia, o addirittura rispecchia, qualcosa che sembrava escluso dall'orizzonte della storia in quanto epopea dello Spirito: la rovina della nostra civiltà globale in virtù della sua stessa incontrastata egemonia, una caduta che potrebbe coinvolgere considerevoli porzioni di popolazione umana. A cominciare, chiaramente, dalle masse miserabili che vivono nei ghetti e nelle discariche geopolitiche del “sistema mondiale”; ma è nella natura stessa del collasso imminente che esso, in un modo o nell'altro, raggiungerà tutti. Ecco perché non sono solo le società che incarnano la civiltà dominante, di matrice occidentale, cristiana e capitalistico-industriale, a essere chiamate in causa da questa crisi, ma tutta la specie umana, L'idea stessa di specie umana - anche e soprattutto, quei numerosi popoli, culture e società che non sono all'origine della crisi. Per non parlare delle migliaia di altri lignaggi di viventi che si trovano minacciati di estinzione, o che sono già scomparsi dalla superficie della Terra, a causa di modificazioni ambientali dovute alle attività “umane”⁴.

2 Vedi per esempio gli ultimi rapporti dell'Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC), resi pubblici nel 2013-2014 e disponibili su: www.ipcc.ch. Com'è risaputo, le proiezioni dell'IPCC tendono a essere le più moderate tra quelle che circolano nella comunità scientifica, per quando riguarda l'intensità e il ritmo dei cambiamenti climatici.

3 Sulla cinematografia apocalittica, il lettore può consultare il saggio L'Apocalypse cinéma, di Peter Szendy (2012), che commenta tredici film sulla fine, del mondo, facendo, riferimento a decine di altre pellicole. Per un'analisi di questa proliferazione nel curioso caso delle fantasie distopiche dirette a un pubblico di adolescenti di genere femminile, vedi Craig 2012.

4 Il Problema della pertinenza o meno del concetto di specie umana o “umanità” per inquadrare la riflessione e l'azione della collettività politiche attualmente esistenti nei confronti della crisi ambientale (stati, popoli, partiti, movimenti sociali) sarà ripreso verso la fine del presente saggio.

Un tale disastro demografico e della civiltà viene a volte immaginato come il risultato di un evento “globale”, per esempio un’estinzione improvvisa della specie umana o di tutta la vita terrestre scatenata da un “atto di Dio” – un supervirus letale, una gigantesca esplosione vulcanica, un impatto con un corpo celeste, una megatempesa solare –, o per l’effetto cumulativo di interventi antropici sul pianeta, come nel film *The Day after Tomorrow* (2004) di Roland Emmerich o, infine, per una bella guerra nucleare vecchio stile. Altre volte, il disastro tende a essere descritto in maniera più realistica (soprattutto se si segue l’evoluzione degli scenari proposti dalle scienze che studiano le interazioni tra la geosfera, l’idrosfera, l’atmosfera e la biosfera – il cosiddetto “Sistema Terra”⁵) come un processo di degradazione già iniziato, estensivamente intenso, sempre più accelerato e sotto molti aspetti irreversibile, delle condizioni ambientali che accompagnano la vita umana nell’Olocene (epoca del periodo Quaternario, successiva al Pleistocene, iniziata 11.700 anni fa) con siccità aguite da uragani e alluvioni, carestie a cui succedono da pandemie umane e animali, guerre genocide nel mezzo di estinzioni biologiche che raggiungono generi, famiglie e addirittura interi phyla, in una sequenza di effetti perversi di retroazione che spingerebbero progressivamente la specie, secondo un processo di “lenta violenza” (Nixon 2011) – che sembra sempre meno lenta –, verso un’esistenza materialmente e politicamente degradata. Quello che Isabelle Stengers (2009) ha chiamato “la barbarie che viene”, e che sarà, c’è da crederci, ancora più barbara a mano a mano che il sistema tecno-economico dominante (il capitalismo mondiale integrato) proseguirà la sua fuite en avant.

Non sono solo le scienze naturali e la cultura di massa che se ne alimenta a registrare la deriva del mondo. Persino la metafisica, notoriamente la più eterea delle discipline filosofiche, comincia a riverberare questa diffusa inquietudine. Negli ultimi anni abbiamo assistito, per esempio, a un’elaborazione di nuovi e sofisticati argomenti concettuali che si propongono, a modo loro, di “farla finita col mondo”⁶: Farla finita col mondo sia in quanto inevitabilmente mondo-per-l’uomo, così da giustificare un pieno accesso epistemico a un “mondo-senza-noi” che si articolerà assolutamente prima della diurisdizione dell’Intelletto; ma anche farla finita col mondo-in-quanto-significato, in modo da determinare l’Essere come pura exteriorità indifferente, come se il mondo “reale”, nella sua radicale contingenza e mancanza di significato, dovesse essere “realizzato” contra la Ragione e il Significato.

È vero che molte di queste fini-del-mondo metafisiche hanno una relazione causale solo indiretta con l’evento fisico della catastrofe planetaria, ma non per questo smettono di esprimerlo, di riecheggiare la vertiginosa sensazione di incompatibilità – se non di impossibilità – tra l’essere umano e il mondo, visto che sono poche le zone dell’immaginazione contemporanea a non essere state scosse, in un vero e inaudito processo di “transdiscendenza”, dalla violenta reintroduzione della noosfera

5 Sistema Terra è un concetto tecnico oggi molto utilizzato in climatologia e in altre scienze della Terra, in riferimento ai parametri geofisici e macro-ecologici che caratterizzano il nostro pianeta.

6 Per farla finita “a modo loro”, si intende il fatto di demolire i concetti di mondo elaborati dalla filosofia moderna, da Kant a Derrida e così via (vedi Gaston, 2013).

occidentale nell'atmosfera terrestre. Ci credevamo destinati al vasto oceano siderale, ed eccoci di nuovo respinti al porto da cui siamo partiti...

Le distopie, dunque, proliferano; e un certo panico perplesso (chiamato peggiorativamente "catastrofismo"), quando non un macabro entusiasmo (recentemente reso popolare con il nome di "accelerazionismo"), sembra aleggiare sullo spirito del tempo. Il famoso "no future" del movimento punk si vede all'improvviso rivitalizzato - ammesso che il termine sia adatto -, così come riemergono profonde inquietudini da dimensioni comparabili alle attuali, come quelle suscitate dalla corsa al nucleare negli anni, non così lontani, della Guerra Fredda. Impossibile non ricordare la cupa e secca conclusione di Günther Anders (2007: 112-113), in un testo capitale sulla "metamorfosi metafisica" dell'umanità dopo Hiroshima e Nagasaki: "L'assenza di futuro e già iniziata".

Questo futuro-che-è-finito e arrivato di nuovo - il che suggerisce che non ha mai smesso di essere iniziato: nel Neolitico? nella Rivoluzione Industriale? a partire dalla Seconda Guerra Mondiale? Se la minaccia della crisi climatica è meno spettacolare di quella degli anni della minaccia nucleare (che, per inciso, non ha cessato di esistere), la sua ontologia è però più complessa, sia per quanto riguarda le connessioni con l'attività umana, sia per ciò che concerne la sua paradossale cronotopia⁷. Il suo avvento ha ricevuto il "nostro" nome: "Antropocene", una denominazione proposta da Paul Crutzen ed Eugene Stoermer per designare la nuova epoca geologica che segue l'Olocene e che sarebbe iniziata con la Rivoluzione Industriale, per poi intensificarsi dopo la Seconda Guerra Mondiale.

§ Sul rapporto alquanto paradossale tra l'emergere di una coscienza "biosferica", la prospettiva che parte dallo spazio esteriore, il consolidamento della teoria del cambiamento climatico e la corsa agli armamenti della Guerra Fredda (compreso il programma "Star Wars" di Reagan), il lettore può consultare con interesse i lavori di Joseph Masco (2010,2012) e il recente libro di Peter Szendy (2011). In una conferenza TED (Technology Entertainment Design) di qualche anno fa, James Hansen (2012), parlando del temporaneo squilibrio energetico del Sistema Terra causato dall'accumulo di gas serra (la differenza tra la quantità di energia o calore che entra nel sistema e la quantità riflessa nello spazio), suggerisce un'eloquente equivalenza tra il calore che si accumula quotidianamente nei "serbatoi" del pianeta (l'oceano, i ghiacciai e la terra), vale a dire 0.58 W/m², e il calore provocato dall'esplosione di quattrocentomila bombe atomiche. A questo proposito, si veda anche l'ottimo blog Skeptical Science, creato da John Cook, secondo cui il nostro clima ha accumulato una quantità di calore equivalente all'esplosione di quattro bombe di Hiroshima al secondo, per un totale di 2.115.122.800 bombe dal 1998 fino al "presente" (cioè fino al 2 luglio 2014 alle 14:45 ora di Brasilia, quando abbiamo consultato per l'ultima volta il widget <http://4hiroshimas.com>)⁸. Il fisico Alexandre Araújo Costa

7 Una guerra nucleare sarebbe stata una decisione cosciente da parte di chi detiene il potere. I cambiamenti climatici sono una conseguenza non intenzionale delle azioni umane, e mostrano, grazie all'analisi scientifica, gli effetti delle nostre azioni in quanto specie (Chakrabarty 2009: 221).

8 Vedi i *link*: <https://skepticalscience.com/4-Hiroshima-bombs-worth-of-heat-per-second.html> e <https://skepticalscience.com/4-Hiroshima-bombs-per-second-widget-raise-awareness-global->

(comunicazione personale) ha effettuato un calcolo simile, nello specifico riguardo al forzante radiativo antropico, giungendo al risultato ben maggiore di 18,5 bombe di Hiroshima al secondo⁹. Insomma, il vecchio progetto occidentale di aumentare continuamente la quantità di energia disponibile pro capite (Lévi-Strauss 2002) sembra si stia avvicinando – a partire dall’accelerazione dei processi di estrazione di questa energia con la Rivoluzione Industriale – a un muro contro cui la specie corre il rischio di scontrarsi in modo spettacolare.

§ Anche se già nel secolo passato (o pure un po’ prima) sono stati proposti termini come “Antrocene”, “Antroposfera” e lo stesso “Anpropocene”, è solo durante una discussione in un incontro dell’International Geosphere Biosphere Programme (IGBP) vicino a Città del Messico, nel 200, che il chimico atmosferico (Premio Nobel) Paul Crutzen ha proposto il concetto per la prima volta, pubblicandolo immediatamente in una newsletter insieme al suo collega Eugene Stoermer (Crutzen e Stoermer 2000), e formalizzandolo nel 2002 nell’articolo “Geology of mankind” (Crutzen 2002). La proposta è ancora al vaglio della comunità scientifica. Durante l’ultimo incontro dell’International Geological Congress nell’agosto del 2016, il Working Group on the Anthropocene, coordinato da Jan Zalasiewicz, ha raccomandato l’adozione formale della nuova classificazione, ma non si ha ancora una presa di posizione ufficiale da parte della Commission on Stratigraphy o dell’International Union of Geological Sciences su questa importante questione, né tanto meno su quale sarà il golden spike [l’inizio diagnostico] adottato, né sulla data di inizio della nuova epoca geologica, nel caso venga accettata. Nel frattempo, i candidati più probabili sembrano essere i residui radioattivi e gli anni del dopo guerra, con l’inizio dei test nucleari.

L’Antropocene (o qualsiasi altro nome si voglia attribuire a esso)¹⁰ un’ “epoca” nel senso geologico del termine, ma indica la fine dell’ “epocalità” in quanto tale per ciò che riguarda la nostra specie. Poiché è certo che, sebbene sia iniziata con noi, probabilmente finirà senza di noi: l’Antropocene potrebbe lasciare spazio a un’altra epoca geologica solo molto dopo la nostra scomparsa dalla superficie terrestre. Il nostro presente è l’Antropocene; questo è il nostro tempo. Ma tale tempo presente si rivela essere un presente senza avvenire, un presente passivo, portatore di un karma geofisico che non abbiamo assolutamente il potere di annullare – cosa che rende ancora più pressante e imperativa la necessità di una sua mitigazione:

La rivoluzione ha già avuto luogo, [...] gli eventi con cui abbiamo a che fare non risiedono nel futuro, ma per la maggior parte nel passato [...] qualsiasi cosa si faccia, la minaccia incomberà su di noi per secoli, o addirittura per millenni. (Latour 2013a: 109).

warming.html. Un commento al post di John Cook citato sopra ricorda che John Lyman (University of Hawaii) aveva già utilizzato il riferimento alla bomba di Hiroshima nel caso della temperatura dell’oceano, in un’intervista sul suo studio pubblicato sulla rivista *Nature* (Lyman *et al.* 2010); si veda, per esempio: <https://www.livescience.com/6472-study-ocean-warmed-significantly-16-years.html>.

9 Per un’illustrazione della relazione fortemente simbolica – diceva Valéry, una “esitazione prolungata tra il suono e il senso” – tra i nomi “Hiroshima” e “Katrina”, si veda AAP 2013.

10 Vedremo alla fine di questo saggio alcuni motivi di dissenso sull’uso del concetto di Antropocene per caratterizzare l’epoca che stiamo vivendo e l’evento che si abbatte su di noi.

METAFISICA E MITO FISICA

Questo testo è un tentativo di prendere sul serio gli attuali discorsi sulla “fine del mondo”, considerandoli come esperienze di pensiero sulla virata dell’avventura antropologica occidentale verso il declino, ovvero come sforzi, non necessariamente consapevoli, di inventare una mitologia adeguata al presente. La “fine del mondo” è uno di quei famosi problemi che secondo Kant, la ragione non può risolvere ma che non può fare a meno di porre. E il modo in cui lo fa passa necessariamente attraverso la forma di una fabulazione mitica o, come oggi piace dire, di “narrazioni” che ci orientano e motivano. Il regime semiotico del mito, indifferente alla verità o falsità empirica dei suoi contenuti, si instaura ogni volta che la relazione tra gli umani in quanto tali e le loro condizioni generali di esistenza si impone come problema della ragione. E se ogni mitologia può essere descritta come una schematizzazione delle condizioni trascendentali in termini empirici – cioè, una retroproiezione che convalida determinate ragioni sufficienti immaginate (“narrativizzate”) come cause efficienti – allora l’impasse attuale si rivela tanto più tragica, o ironica, quanto più vediamo il problema di una Ragione che ha ricevuto l’avallo dell’Intelletto. Siamo qui di fronte a un problema essenzialmente metafisico, la fine del mondo, formulato nei termini rigorosi di scienze sommamente empiriche come la climatologia, la geofisica, l’oceanografia, la biochimica e l’ecologia. Forse, come Lévi-Strauss ha osservato più volte, la scienza, che ha iniziato a separarsi dal mito circa tremila anni fa, finirà per rincontrarlo al termine di una di quelle doppie torsioni che intrecciano la ragione analitica con la ragione dialettica, la combinatoria anagrammatica del significante con le vicissitudini storiche del significato¹¹.

Ancora una parola sulla nozione di “mito”. Uno stimolo importante, sebbene contingente, per il presente saggio è stata l’ormai celebre opera filosofica di Quentin Meillassoux, *Dopo la finitudine* (2012a). Insieme agli scritti di altri pensatori contemporanei legati al cosiddetto “realismo speculativo”, il progetto di Meillassoux ci sembrava riattivare, nolens volens, i legami tra la speculazione metafisica e le matrici mitologiche (il criticismo kantiano direbbe “dogmatiche”) del pensiero. Alla fine della lettura di *Dopo la finitudine* (e, più tardi, di *Nihil Unbound* di Ray Brassier [2007], altra influente opera del movimento), abbiamo avuto l’impressione che questo stile di riflessione si inserisse non solo nella serie che va, diciamo, da Platone a Badiou, ma anche in un vasto universo discorsivo che si estende da quel tesoro di idee accumulate dai popoli indigeni del mondo intero in millenni di speculazione cosmologica fino al film *Melancholia* (2011) di Lars von Trier e al romanzo *La strada* di Cormac McCarthy (2014), passando per la lunga tradizione mitico-letteraria occidentale sul tema del *pays gaste*, la “terra desolata” (Weston 1920)¹²; senza dimenticare la persistente, se non addirittura crescente, vitalità di quel genere “minore” che è la fantascienza. La nota formula di Borges sulla metafisica come branca della letteratura fantastica

¹¹ Sulla “doppia torsione” come formula *princeps* della trasformazione strutturalista, vedi Maranda 2001, Almeida 2008, Viveiros de Castro 2009.

¹² Eduardo Sterzi ha prodotto importanti ricerche sul tema (corsi, articoli), delle sue origini europee alla letteratura brasiliana contemporanea. Si veda, per sempio, Sterzi 2009.

non solo esige la reciprocità – la letteratura fantastica¹³ e la fantascienza sono le metafisiche pop, le “mitofisiche” della nostra epoca – ma anticipava l’interdigitazione che si può constatare oggi tra alcuni esperimenti del versante più creativo della filosofia contemporanea e autori come Howard P. Lovecraft, Philip K. Dick, William Gibson, David Brin e China Miéville.

Il nostro obiettivo è dunque quello di fare un bilancio preliminare di alcune delle principali varianti del tema della “fine del mondo”, così come si presentano oggi nell’immaginario della cultura mondializzata. Ma iniziamo evocando brevemente i termini oggettivi, per così dire, del problema.

BIBLIOGRAFIA

Anders, Günther (2007) *Le Temps de la fin*, L’Herne, Paris [*Die atomare Drohung: Radikale Überlegungen zum atomaren Zeitalter*, C.H. Beck, Munich 1993].

Borges, Jorge Luis (2014) *Finzioni*, Einaudi, Torino [*Ficciones*, Emecé, Buenos Aires 1956].

Brassier, Ray (2007) *Nihil Unbound: Enlightenment and Extinction*, Palgrave MacMillan, New York.

Chakrabarty, Dipesh (2009) “The climate of history: four theses”, in *Critical Inquiry*, 35: 97-222.

Crutzen, Paul (2002) “Geology of mankind”, in *Nature*, 415, 23.

Crutzen, Paul J. e Eugene F. Stoermer (2000) “The Anthropocene”, in *IGBP (International Geosphere-Biosphere Programme) Newsletter*, 41.

Gaston, Sean (2013) *The Concept of World from Kant to Derrida*, Rowman & Littlefield, London.

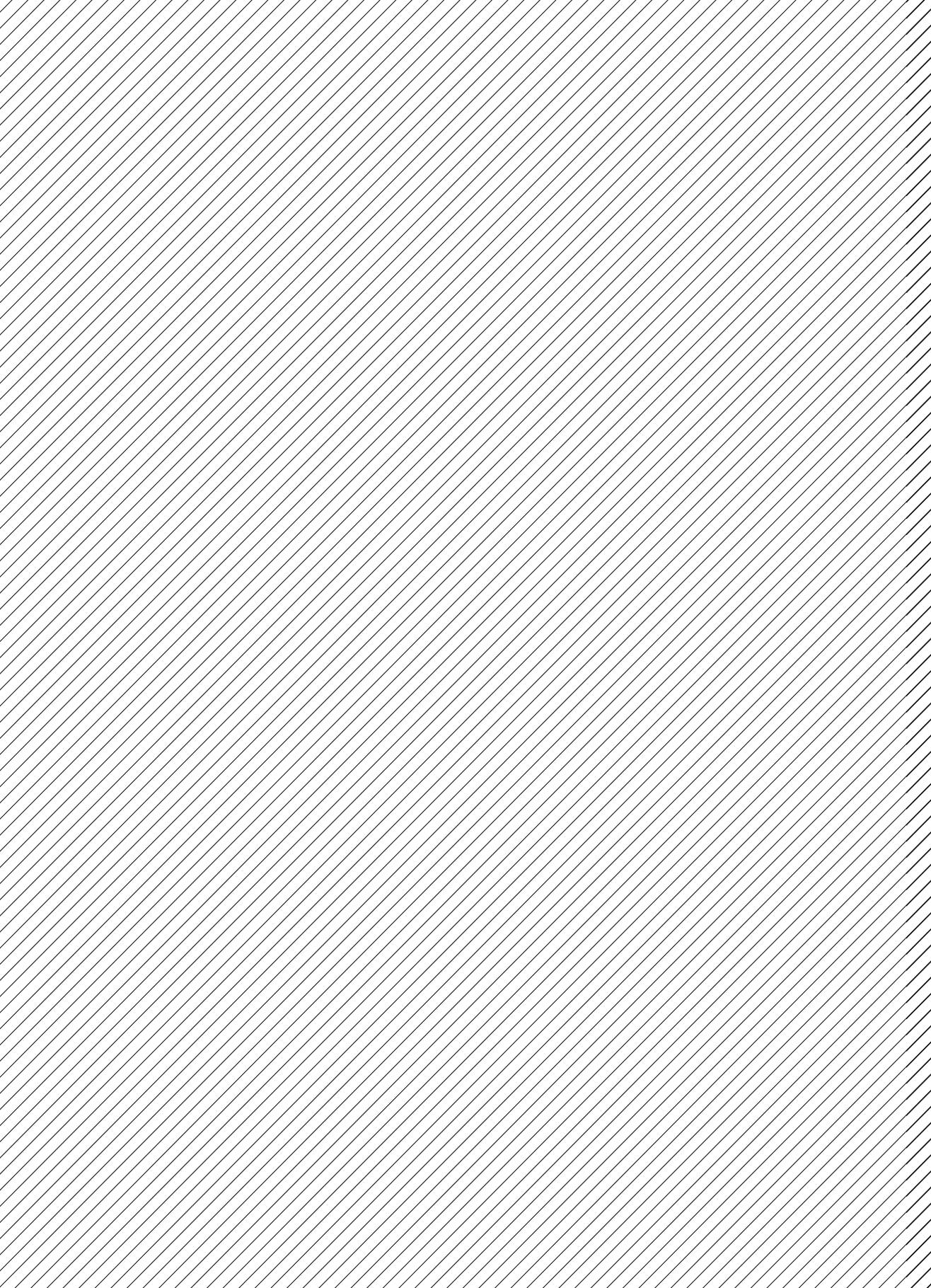
Hansen, James (2012) “Why I must speak out about climate change” (disponibile su: http://www.ted.com/talks/james_hansen_why_i_must_speak_out_about_climate_change).

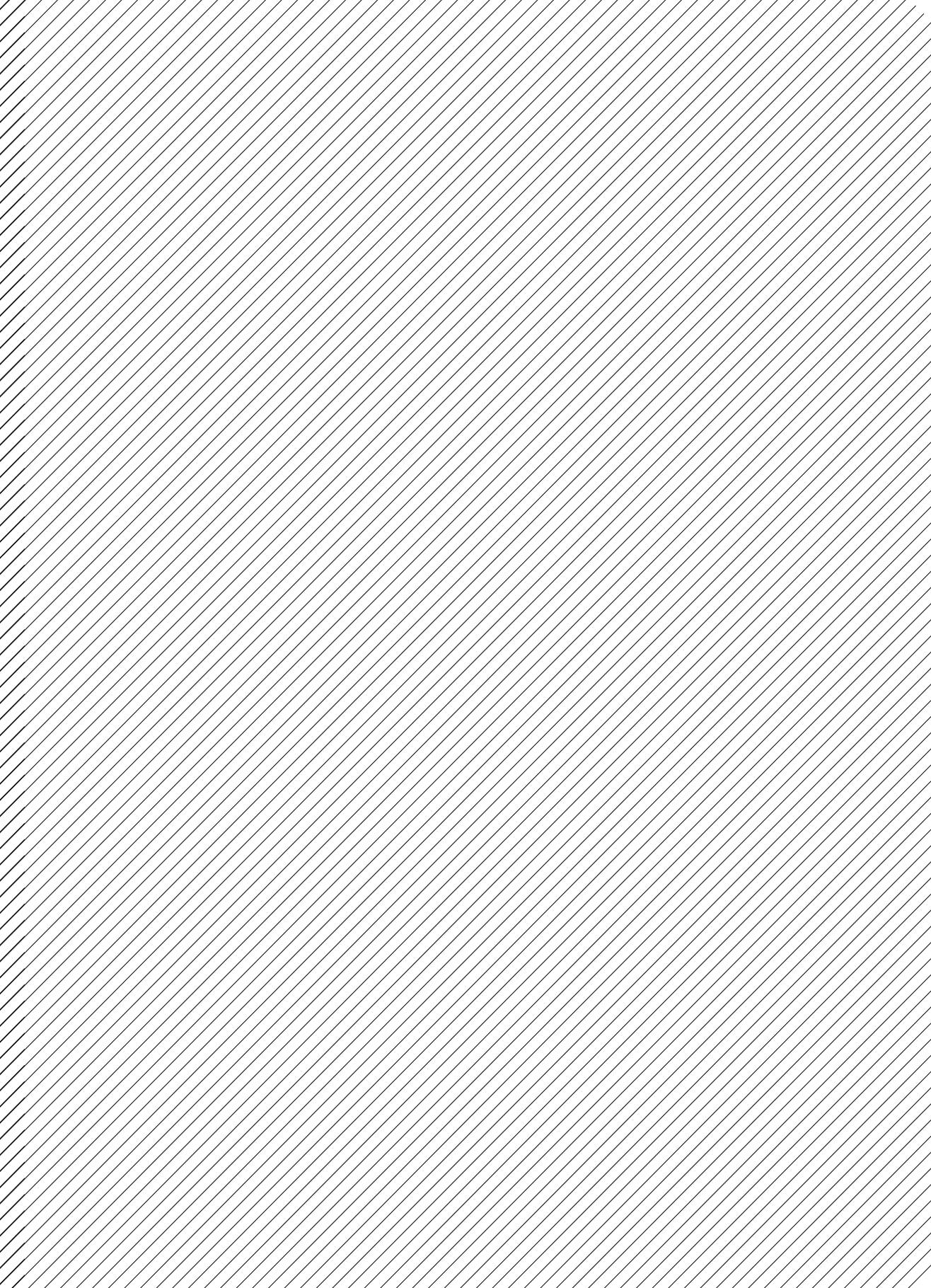
Hansen, James, Makiko Sato e Reto Ruedy (2012) “The new climate dice: public perception of climate change”, in *Science Briefs*, NASA/Goddard Institute for Space Studies (disponibile su: http://www.giss.nasa.gov/research/briefs/hansen_17).

Latour, Bruno (2013a) *Facing Gaia: Six Lectures on the Political Theology of Nature, Being the Gifford Lectures on Natural Religion*, Edinburgo, 18-28 febbraio (disponibile su: https://macauly.cuny.edu/eportfolios/wakefield15/files/2015/1/LATOUR-GIFFORD-SIX-LECTURES_1.pdf).

¹³ “I metafisici di Tlön non cercano la verità e neppure la verosimiglianza, ma la sorpresa. Giudicano la metafisica un ramo della letteratura fantastica” (Borges 2014: 16).

- Lyman, John M. *et al.* (2010) "Robust warming of the global upper ocean", in *Nature*, 465: 334-337, 20 maggio (disponibile su: <http://www.nature.com/nature/journal/v465/n7296/full/nature09043.html>).
- Masco, Joseph (2010) "Bad weather: on planetary crisis", in *Social Studies of Science*, 40/1: 7-40.
- Masco, Joseph (2012) "The end of ends", in *Anthropological Quarterly*, 85/4: 1107-1124.
- McCarthy, Cormac (2014) *La strada*, Einaudi, Torino [The Road, Vintage, New York 2006].
- Meillassoux, Quentin (2012a) *Dopo la finitudine*, Mimesis, Milano [*Après la Finitude: Essai sur la nécessité de la contingence*, Seuil, Paris 2006].
- Nixon, Rob (2011) *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*, Harvard University Press, Harvard.
- Stengers, Isabelle (2009) *Au Temps des catastrophes: Résister à la barbarie qui vient*, Les Empêcheurs de Penser en Rond/La Découverte, Paris.
- Szendy, Peter (2011) Kant chez les extraterrestres: *Philosofictions cosmopolitiques*, Minuit, Paris.
- Weston, Jessie L. (1920) *From Ritual to Romance*, Princeton University Press, Princeton (disponibile su: <http://www.gutenberg.org/ebooks/4090>).





Fonte utilizada nesta publicação: Gotham HTF
Miolo em papel pólen soft 80 g/m²,
Capa em cartão Duo Design 300 g/m²



Machado de Assis – Brazilian Literature in Translation is an initiative of Brazil's National Library. Our objective is to provide the international publishing industry with access to translated texts by Brazilian writers in an effort to boost their visibility abroad and foster the sale of foreign rights to their work. Each edition presents a new translations. The magazine is one of several National Library initiatives designed to make Brazilian literature more widely known, such as translation grants, translator residencies in Brazil and support for publications in other Portuguese-speaking countries.

Machado de Assis – Literatura Brasileira em Tradução es una iniciativa de la Fundación Biblioteca Nacional. El objetivo de la revista es divulgar en el mercado editorial internacional textos traducidos de autores brasileños. Cada edición presenta nuevas traducciones para acceso del público especializado, con el objetivo de colaborar con la visibilidad de comercialización internacional de derechos de publicación de escritores brasileños. De esta forma, la revista se suma a otras iniciativas de la Fundación Biblioteca Nacional de apoyo a la difusión de la literatura brasileña, como el programa de becas de traducción, el programa de residencia en Brasil para traductores y el apoyo a las publicaciones hechas en los países de habla portuguesa.



Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

MINISTÉRIO DA
CULTURA

